

Biblioteca
E.M. CIORAN

BREVIARIO
DE LOS VENCIDOS



FÁBULA
TUSQUETS
EDITORES

E. M. CIORAN

Breviario De Los Vencidos

Traducción de Joaquín Garrigós

Tusquets Editores

Sinopsis

Redactado en París entre 1940 y 1946, Breviario de los vencidos es el sexto y último libro que el pensador E.M. Cioran (Rasinari, Rumania, 1911-París, 1995) escribió en rumano. Con apenas treinta años, inició este 'breviario' en el que desarrolla temas y obsesiones que caracterizarán su obra. Las ideas que vertebran estas páginas Ìla nada, el éxtasis, el dolor de existir, el tormento religioso o la insuperable melancolía de un yo que se sabe irremediabilmente escindido de la totalidadÎ van cobrando forma en la inconfundible voz de Cioran, un insomne que ha hecho del tedio y del desencanto la auténtica morada del hombre, y que las aborda desde las innumerables perspectivas que es capaz de adoptar: la del místico, el esteta, el nihilista, el apocalíptico o el antimoralista.

Título Original: *Indreptar patimas*

Traductor: Garrigós, Joaquín

Autor: E. M. Cioran

©1998, Tusquets Editores

Colección: Marginales, 164

ISBN: 9788483105641

Generado con: QualityEbook v0.60

BREVIARIO DE LOS VENCIDOS

E. M. CIORAN

Traducido del rumano por
Joaquín Garrigós

TUSQUETS EDITORES

Título original: *Indreptar Patimas /Bréviarie des vaicuns*

1ª edición: enero 1998

© Cioran y Éditions Gallimard, 1993

Obra publicada con el concurso de la Comisión Europea

© de la traducción: Joaquín Garrigós, 1998

Diseño de la colección: Clotet-Tusquets

Diseño de la cubierta: BM

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. — Cesare Cantú, 8 — 08023 Barcelona

ISBN: 84-8310-564-0

Depósito legal: B. 46.478-1997

Fotocomposición: Foinsa — Passatge Gaiolá, 13-15 — 08013 Barcelona

Impreso sobre papel Offset-F Crudo de Leizarán, S.A — Guipúzcoa

Liberdúplex, S.L — Constitución, 19 — 08014 Barcelona

Impreso en España

CON ansia y amargura, he intentado cosechar los frutos del cielo y no he podido. Se elevaban hacia no sé qué otro cielo cuando les tendía mis manos golosas de su abundancia.

Las ramas de las bóvedas se comban sobre las esperanzas de nuestras plegarias; cuando éstas callan, aquéllas pierden sus frutos.

Tampoco brotan flores en el cielo ni las vides dan fruto. Dios, como no tiene nada que guardar en su casa, de aburrimiento y enojo, deja yermos los jardines del hombre.

No, no; no es la visión de los astros lo que me deslumbrará. Bastante luz he perdido mendigando a las alturas. Harto de toda laya de cielos, he dejado mi alma a merced de los ornamentos del mundo.

“Y puso un querubín, que blandía flameante espada, para guardar el camino del árbol de la vida” (Génesis, 3, 24).

Por ese camino he mendigado muchas veces. Y los caminantes, más pobres que yo, tendían sus manos vacías donde dejaba caer el óbolo de la esperanza. Y cuando caminaba así, en medio de esa multitud oprimida, el sendero se hundía en ciénagas y la sombra de las ramas del paraíso se perdía en el sínfin del mundo.

Ni modestia ni paciencia nos harán dueños de lo que perdió nuestro fatal ancestro. Necesitamos un espíritu de fuego, y entonces ese querubín, enemigo que afila armas y locuras, se derretirá en la pira de nuestra alma.

¿Nos ha cerrado el Todopoderoso todos sus caminos? Plantaremos entonces otro árbol aquí, donde no tiene guardianes, ni espada ni llamas. Crearemos un paraíso a la sombra de los suplicios y mansamente descansaremos bajo enramadas terrenales, como ángeles efímeros. Que Él se quede toda una eternidad donde no haya nadie; nosotros seguiremos pecando, mordiendo las manzanas que se pudren al sol. Amando las ciencias del pecado, seremos comparables a Él y, por mor del sufrimiento de la Tentación, más grandes aún.

Creyó Él que con la muerte nos haría esclavos y que le serviríamos. Pero nosotros, poco a poco, nos hemos acostumbrado a la vida.

Vivir: especializarse en el error. Burlarse de las verdades indubitadas, no hacer caso de lo absoluto, tomar a broma la muerte y transformar lo infinito en azar. Sólo se puede respirar en lo más hondo de la ilusión. El mero hecho de ser es tan grave que, comparado con él, Dios es pura bagatela.

Armados por los accidentes de la vida, asolaremos las crueles certezas que nos acechan. Cargaremos contra ellas, embestiremos contra las verdades, atacaremos las luces que nos ciegan. Quiero vivir, y por todas partes salta el espíritu contra mí, defensor de las causas del no-ser.

... Así, fiel a sí mismo, blande el hombre la espada en la cruzada de los errores.

A mis semejantes ya los conozco. A menudo he leído en sus ojos ausentes y vacíos el sinsentido de mi destino o he reposado de mis rebeldías durante las pausas de sus miradas. Pero su angustia no me es ajena. Ellos *quieren, quieren*, incesantemente. Y cómo no había nada que *querer*, mis pies pisaban sus huellas como si fueran espinas, mi sendero serpenteaba por el lodo de sus anhelos y blanqueaba con una inútil aureola su búsqueda vana.

Ellos no saben que el paraíso y el infierno son floraciones de un instante, del instante mismo, que no hay nada más allá de la fuerza de un éxtasis inútil. En su camino de mortales, no he encontrado la parada eterna sobre la bóveda de los instantes.

Veo un árbol, una sonrisa, un orto, un recuerdo. ¿Acaso no existo yo ilimitadamente en cada uno de ellos? ¿Qué otra cosa puedo esperar además de esa visión definitiva, esa incurable visión del relámpago temporal?

Los hombres sufren de futuro, irrumpen en la vida, huyen en el tiempo, buscan. Y nada me hiere más que sus ojos anhelantes, vanos pero desprovistos de vanidad.

Yo sé que todo es *final*, que solamente existe un instante, cada instante, que el árbol de la vida es un estallido de eternidad, reversible en los actos del ser.

Y, así, ya no quiero nada. A menudo, cuando me encuentro en las noches que erigen los fondos del mundo, ¿cómo saber si soy o no soy? Y, entonces, ¿se puede ser o se puede no ser? O bien, atrapado en las vagas ondulaciones de la música, perdido en medio de ellas, purificado de los azares de la respiración, ¿cómo me parecería a mis semejantes?

No tener sino una meta: ser más inútil que la música. En ella no encuentra uno ni el *es* ni el *no es*. ¿Dónde te encuentras como tumultuosa víctima de su hechizo? ¿No es acaso ella un *ninguna-parte* sonoro?

Los hombres no saben ser inútiles. Ellos tienen caminos que seguir, puntos que alcanzar, necesidades que realizar. ¡No saborean la imperfección, cuando el “sentido” de la vida es el éxtasis de esa imperfección! Pero, ¿cómo revelarles la simplicidad de este misterio, cómo seducirlos con el resplandor de un misterio y embriagarlos con tan sencilla fascinación? Qué noches y qué días acuden a mi mente...

Silencio nocturno en los jardines del sur... ¿Sobre quién se inclinan las palmeras? Sus ramas parecen ideas fatigadas. En otro tiempo, cuando en la sangre llevaba más alcohol y más España, mi furia las habría hecho volverse hacia el cielo, mi pasión habría enderezado su cansancio terrenal y los latidos de mi corazón las habrían empujado hasta la proximidad de las estrellas. Ahora soy feliz de que ramas pensantes me separen de los astros, de saborear al amparo de su brisa una dulce soledad, de anonadarme en el esplendor de una tierra divinizada por la noche.

Si viviésemos en jardines, no habría sido posible la religión. Su ausencia nos ha empujado a anhelar el paraíso. El espacio sin flores ni árboles impele a los ojos a mirar al cielo y recuerda a los mortales que su primer antepasado hizo un breve alto en la eternidad y descansó fugazmente a

la sombra de los árboles. La historia es la negación del jardín.

Debo mis esperanzas a las noches. Sobre las alas de la oscuridad, fuera del espacio, solo entre la materia y el sueño, elevo los aromas de la decepción a fragancias de felicidad. Nada me parece imposible en la noche, ese *posible sin tiempo*. Todo es más que posible, pero el futuro no está. Las ideas devienen pájaros de pensamiento y ¿adónde vuelan? A una trémula eternidad, como un éter roído por las reflexiones.

... Así he llegado a contemplar el sol con un extraño interés. ¿Qué malentendido llevó a los hombres a robarle sus turbulencias y a transformarlas en algo provechoso? ¿Qué falta de poesía hizo a un astro puro degradarse en monstruo utilitario? ¿No nos hemos acercado todos demasiado humanamente a sus rayos luminosos y, creyéndolos fuente de lo real, le concedimos demasiada realidad? ¿Por qué habremos proyectado la *finalidad* hasta el mismo cielo?

Yo no sé hasta donde es el sol. Pero sí sé muy bien hasta qué punto yo ya no soy bajo el sol. Quien a orillas del mar, durante horas seguidas, con los ojos entornados, paralelamente al tiempo, durante la horizontal del sueño y tan fugaz como la espuma sobre la arena dorada, no ha sentido la mezcla de felicidad y de nada de ese derroche de resplandor, ése no conoce ninguno de los peligros que la belleza ha traído al mundo.

Yo creía ser joven bajo el sol y me encontré sin edad. Y si a media noche tenía años, ya no los tenía en el meridián. Todas las edades huyen y permanecen entre el ser y el no-ser, vestigio vibrante en el nihilismo místico de las insolaciones.

CUANDO bajaba del burgo transilvano, a no sé qué hora al atardecer ni en qué año de mi juventud, infeliz y deseoso de infortunios, demasiado presumido para pensar en el sol, la revelación del ocaso quebró de repente el orgullo de mis rodillas. Mis sombras se encontraban con la fatiga del crepúsculo y lo que aún quedaba de sol entre las manchas del corazón se postró en el regazo de una áurea agonía. Y mi agradecimiento al astro se dirigió también hacia el Egipto de mi propia alma.

Desde entonces no he dejado de echar incienso sobre la muerte y el sol, como lejano descendiente de algún haragán de las inmemoriales riberas del Nilo.

AL igual que amas los libros que te hacen llorar, las sonatas que te han cortado el aliento, los perfumes que te insinúan renunciamentos, a las mujeres extraviadas entre el cuerpo y el alma, así sucede con los mares: te enamoras de aquellos cuyo oleaje induce a ahogarse en su seno.

No he buscado en el mediterráneo poesía ni violencias, ni tampoco turbulentas vorágines en sus olas. A esas inclinaciones encontré respuesta sobre los acantilados de Bretaña. Pero, ¿cómo olvidar un mar donde dejé mi pensamiento?

En una memoria más corta que el presentimiento de eternidad de lo efímero, guardaría la imagen y el reconocimiento del azul inhumano del mar decadente. En sus orillas se hundieron imperios y tantos y tantos tronos del alma...

Cuando el aire suspende su calma y la inmovilidad meridiana alisa las olas en medio de un fulgor abstracto, entonces sé lo que es el Mediterráneo: *lo real puro*. El mundo sin contenido: la base *efectiva* de la irrealidad. Sólo la *espuma*, actualidad de la nada, continúa como si pugnara por ser...

Lo único que podemos hacer es zarpar a alta mar. Sin deseos de echar el ancla. ¿No es acaso el sentido de la inestabilidad *agotar* el mar? Que ninguna ola sobreviva a la odisea del corazón. Un Ulises, con todos los libros. Una sed de planicies marinas que tienen su origen en lecturas, un erudito vagar. *Conocer* todas las olas...

PIEDAD estética: tener un respeto religioso a las apariencias, hollar la tierra sin la nostalgia del cielo, creer que todo puede ser una flor y no solamente absoluto. Si nunca lamentaste el carecer de alas para no profanar la naturaleza con tus crueles pasos humanos, entonces nunca has amado esa tierra. Cuantas veces la descubría, otras tantas la sentía en el corazón y no bajo las plantas de mis pies; durante los momentos de desarraigo miraba a los astros y los veía transformarse en cera y derretirse en una sangre que entonces olvidaba al cielo. Puedes mirar a lo alto todo lo que quieras: no conocerás el estremecimiento de los raros encuentros con esa tierra que menosprecias al caminar. Pero, cara a cara con ella, a solas con su tránsito, ¡qué suspiros de fraternal desconsuelo, de íntima amargura te llevan a unirte con ella en un conmovedor abrazo! ¡Bastante han sufrido mis ojos con vosotros, ángeles, santos y bóvedas!

Ahora quiero aprender a respetar a la gleba. ¿Podré mirar *hacia abajo* con la misma pasión que levantaba mis párpados en estremecimientos verticales? ¿Qué vicio y qué tormentos viciosos han empujado al ojo hacia lo sobrenatural? La religión lo aparta de su destino natural: ver. Tras el cristianismo, los ojos dejaron de ver.

El mismo hombre que va de puntillas por las losas de la iglesia, escupe en los jardines, si bien, solamente bajo los ramajes, la alegría de los pensamientos mezclados con los sentidos tendría que erigir un templo y urdir una mitología de la sensación.

¿Qué voy a hacer con el cielo, que ignora lo que significa marchitarse, o lo que es el sufrimiento y el éxtasis de la floración? Quiero estar con las cosas destinadas a ser y morir con ellas, que de igual forma están destinadas a la muerte. ¿Por qué os he hablado de extinción a vosotros, astros eternos?

He estado buscando demasiado tiempo a la nada *en otra parte*. Pero retorno a los mundos donde soplan las penalidades. Por ellos deambularé como un ermitaño sediento de pecado.

DE todo lo que es efímero (y nada hay que no lo sea), cosecha sensaciones, esencias e intensidades. ¿Dónde buscar lo real? En ninguna parte fuera de la gama de las emociones. Lo que no sube hasta ellas es como si no existiera. Un universo neutro es algo más ausente que uno ficticio. Solamente el artista hace al mundo presente y solamente la expresión salva las cosas de su irrealidad fatal.

¿Qué te queda de todo cuanto has vivido? Las alegrías y los sufrimientos anónimos pero a los que les has encontrado un nombre.

La vida dura lo mismo que nuestros estremecimientos. Sin ellos, es polvo vital.

Elevemos lo que se ve al rango de alucinación; lo que se oye, al nivel de la música, y es que *en sí mismo*, nada es. Nuestras vibraciones constituyen el mundo; la relajación de los sentidos, sus pausas.

Tal y como la Nada se vuelve Dios mediante la oración, de igual forma la apariencia se torna naturaleza gracias a la expresión. LA palabra roba las prerrogativas a la nada inmediata en la que vivimos, le quita la fluidez y la inconstancia. ¿Cómo nos las arreglaríamos en la espesura de las sensaciones sin fijarlas en formas, en *lo que no es*? Así les atribuimos ser. La realidad es apariencia solidificada.

La angustia negativa de la carne, las protestas bíblicas de la sangre, la imagen de la muerte inmediata y la magia desastrosa de la enfermedad, palidecen ante la desesperanza que emana de los esplendores del mundo. Y el recuerdo del dolor más preciso y más lacerante, del enloquecimiento más seguro de la materia sometida al yo, se me borraría ante el tormento extático de los ornamentos terrestres. Cuando estando solo en montañas o en mares, en medio de silencios apacibles o sonoros, bajo abetos nostálgicos o palmeras inmanentes, los sentidos se levantan con el mundo por encima del tiempo, la felicidad de estar rodeado de belleza y la seguridad de perderla en el tiempo me desgarraban tan cruelmente, que el paisaje se disolvía en la sustancia equívoca y solemne de una desconsolada admiración. Sólo la fealdad es indolora. Pero el encanto de las apariencias que comprometen a las alturas es más estremecedor que todos los infiernos inventados por la delicadeza del hombre. No son sus padecimientos los que me han expulsado del mundo, sino que, por haber visto demasiado a menudo el paraíso sobre la tierra, mis sentidos se han fundido con la desgracia. ¿Por qué en la perfección del instante absoluto un murmullo de temporalidad me hacía volver a las atrocidades del tiempo?

Si alguna vez viste caer mansamente las flores de un almendro bajo las caricias de la brisa y al cielo mediterráneo descender entre sus ramas, para que el ojo no se pueda imaginar ninguna otra cosa por encima de ese esplendor floral, entonces tú te habrás desprendido también de los instantes para caer más terriblemente en los desiertos del tiempo.

El miedo al fin de los estremecimientos ha envenenado el paraíso de mis sentidos, porque nada tendría que terminar en los sentidos enraizados en la naturaleza. Los esplendores del mundo me

han apuñalado más cruelmente que los arrebatos de la carne y he sangrado más en la felicidad que en la desesperación.

El enrarecimiento místico del tiempo en la nada absoluta de la belleza... Nutrir con él las esperanzas de mi sangre, con las ondulaciones y reflejos armoniosos de la eterna inutilidad. Las razones de ser existen solamente en las apariencias por las que uno quisiera morir... ¿Ocuparán los pétalos el lugar de las ideas?

El tiempo demanda otra savia, las venas otro murmullo, la carne otras falacias... Un mundo directo y absolutamente inútil; rosas al alcance de todos, y que las ninfas de la razón no osarían coger...

¿Por qué habremos buscado redenciones en otros mundos si las ondulaciones de éste pueden volvernos eternos con más dulces aniquilaciones? Arrancaré una nada embriagadora de todas las floraciones y me haré de las corolas y de los campos un lecho donde dormir. Y ya no huiré a las estrellas ni me refugiaré en lejanías lunares.

El nirvana estético del mundo: alcanzar lo supremo en medio de supremas apariencias. Ser nada y todo en la espuma de lo inmediato. Y elevarse a los límites del yo, en lo inmediato y en lo pasajero.

LAS doctrinas carecen de vigor, las enseñanzas son estúpidas, las convicciones ridículas y estériles las florituras teóricas. De todo lo que somos, vida no hay sino en las potencias del alma. Si no hacemos con ellas música superflua y no elevamos el tedio al rango de oráculo, ¿en qué misterio nos enterraremos? ¿No se siente en el pulso el mismísimo misterio de la materia y no nos evoca su ritmo las melodías de lo indescifrable?

Cuando estoy despierto, no sé en qué creer; cuando estoy atribulado por los acordes, menos aún. Pero ¿por qué cuando estoy así, carente de toda fe, *la vida* se transforma en *yo* y yo estoy en todas partes?

El final de la música interior es una fusión en un *andante* cósmico. La tempestad que desencadenan las trompetas se apacigua y una calma horizontal se desliza como una ausencia soleada.

... Con frecuencia he sentido a mi alma junto al cuerpo. A menudo, la he sentido lejos, muchas veces sin razón de ser y sin oficio ni beneficio. ¿Cómo iba a seguirla si, en sus súbitas elevaciones se escapaba del lecho de mi corazón? ¿No es su destino vagar por los cauces de los sentidos? ¿Qué es entonces, lo que la empuja a esos espacios adonde no puedo seguirla? Los hombres la *tienen*, disponen de ella, les pertenece.

Sólo yo quedo inferior a mí mismo.

Deja de vigilar a tu alma; ¡mírala cómo sale de estampía [estampida?] hacia el cielo! Su natural derrotero es la adversidad, ¿Qué adalides tendré que emplear para ligarla a la tierra? ¡Ojalá sus borrascas cobraran la intensidad de las pasiones pasajeras para poder refrenarla aprisionando su cuerpo con grillos! Al menor descuido, envuelta en llamas, se suelta y se va hacia otros mundos. ¿De dónde vendrá esa súbita llamarada que la arroja al destierro en parajes celestiales mientras tú te quedas aquí, como víctima junto a un cuerpo abandonado?

Hay un latido asesino que destroza los lazos terrenales, una sed de felicidad fuera de las felicidades, un anhelo de desmayo astral, de perdición en los temblores de ahogarse en espumas de pesares divinos. ¿Qué alas le han salido secretamente al alma para que, de pronto, la lleven exultante allende el sol y, embargada de una vida sin sentido, en su vuelo deje como rastro las fuentes de la luz más allá de la vida?

Quisiera morir miles de veces y que ella se desgarre en la inmensidad del *ninguna-parte*.

... He buscado las quietudes del alma en los paisajes, en las sonrisas, en las ideas. Pero ella, errabunda, no les servía de compañía, sino que revoloteaba por las cimas del mundo. ¿Cuándo descenderá su efervescencia hasta los aledaños de los no-seres cotidianos? Ojalá tuviera otra alma ¡un alma más terrenal!

SÉ que, por algún rincón de mí, hay un diablo que no puede morir. No me hace falta un oído aguzado para las torturas refinadas ni tampoco el sentido del gusto para el vinagre de la sangre, sino solamente el silencio sordo que presagia un quejido prolongado. Entonces reconozco el peligro. Y si me vuelvo hacia el Mal despótico y envilecedor, subir por los aires, al cerebro, a las paredes, divinidad súbita, severa y destructora.

Estás inmóvil y esperas. Te estás esperando. Pero, ¿qué vas a hacer contigo? ¿Qué te vas a decir, rodeado como estás de tanto *no-decir*?

¿Qué pasa a través del silencio? ¿Quién pasa? Es tu mal que está pasando a través de ti, fuera de ti, es una omnipresencia de tu misterio negativo.

¿Piensas en lo que quieres ser? Tus pesares no tienen futuro. Ni ningún futuro es tuyo. En el tiempo ya no tienes cabida; en el tiempo yace el horror.

Y entonces te vas. Al marcharte te olvidas. Y en tu caminar eres otro y *siendo*, ya no eres.

DOS atributos tiene el hombre: la soledad y el orgullo. Él vive sobre la tierra para sacarlos a la luz. Pero entonces aparece la religión: un sistema de remedios que socavan la existencia. ¿Por qué la habrán inventado? ¿Qué necesidad es la que ha segregado tanto veneno?

Miro al sol y me pregunto: ¿para qué, *no obstante*, la religión? Vuelvo la cabeza hacia la tierra, en cuyas calamidades me revuelco y de las que soy su cómplice, y no entiendo por qué tendría que huir de ella.

Siempre que he salido disparado al cielo, la amargura sublunar me sonreía y descendía hacia la tierra sediento de pasiones. Cuando ella rebose ideales, entonces ya no habrá lugar alguno para la soberbia ni para la tristeza y la abandonaré. Pero mientras siga siendo liza para tormentos inspirados, ¿qué se me ha perdido en otra parte?

La religión trata de curarnos de los males que ponen precio a la vida. La soledad y el orgullo son males positivos. La ausencia mediante la cual uno se vuelve *algo más*.

Nunca ha estado *seguro* en las perfumadas incertidumbres de la tierra, salvo en los éxtasis incrédulos. Mi corazón se derramaba a lo largo y ancho del mundo, sin esperar respuesta alguna. Temblor de oración al que le basta su propia fuerza.

Demasiado hemos tendido las manos suplicantes a un cielo ausente: ¿cuándo se volverán hacia la agridulce infinitud del tiempo? Éxtasis introspectivo de la arcilla, tierra contagiada de narcisismo...

El hombre no ha inventado un error más precioso ni una ilusión más sustancial que el *yo*. Respira y se imagina que es *único*; el corazón le late porque es *él*. ¿Cómo se mantendría derecho en el panteísmo? ¿Y cómo *sería* con un dios por encima de él? Sea cual fuere la religión, no puede fructificar en la naturaleza.

He querido liberarme. Y todas las creencias de los mortales me exigieron que abjurara de mí. Desde los Vedas, pasando por Buda y Cristo, no he descubierto más que enemigos de mi *necesidad*. Me ofrecieron la salvación en mi *ausencia*; todos me exigieron que me privara de mi mismo. Ser yo ellos, o su Dios, ser *anónimo* en la nada, cuando mi orgullo reclama mi *nombre* incluso en la nada.

Y no sólo eso. También me exigían vencer el dolor. Pero sin él, la naturaleza resulta insípida, es la sal de la vida; lo que ésta tiene de *insoportable* es la sangre de la existencia.

Amar, tener compasión, esperar, realizarse. Una escala de la monotonía, para quién no quiere ser un animal bajo el cielo ni un pordiosero en el estéril horizonte de un cualquiera absoluto.

¿Liquidar mi sufrimiento en otros? ¡Descubrir siempre semejantes y más semejantes! ¿Ser feliz estercolando sus majaderías, cultivando sus bajezas y matando mi entusiasmo por el desprecio?

El yo es una obra de arte que se nutre del sufrimiento que la religión tiene como misión calmar. Pero la nobleza del hombre es única: esteta de su propia individualidad. Establecerá,

mediante el dolor, la belleza de su limitación y creará su sustancia consumiéndose.

El hombre es *arte* porque es altanero y está solo. Se sirve mejor de la tierra que del cielo como pretexto para embellecer y labrar su existencia.

Las religiones son insensibles al encanto de la nada inmanente, a la apariencia como tal. El hechizo de la inutilidad y el extravío dentro de uno mismo les son ajenos. También la tierra les es ajena. Por ese motivo quieren liberarnos del *yo*, de la más extraña florescencia que hay bajo el sol.

Si la existencia individual es de una atracción tan brutal se debe a que nació de un desequilibrio, de una desigualdad del fondo original de la vida. Las religiones quieren nivelar la diversidad; suprimir la individuación. El sentido de la liberación es la desaparición del pronombre.

No soporto otro absoluto salvo mi *accidente*. Dado que soy, la ilusión de mi existencia me parece mi sentido supremo. No voy a enmendar nada de este acontecimiento.

Todos nosotros somos convalecientes de nacimiento de nuestra propia individuación. Se es *hombre* porque no nos curamos de ella, permanecemos irremediabilmente en nosotros mismos.

¿Fundirte en la naturaleza, en la humanidad, en Dios? Pero si antes de que pueda actuar tu voluntad te has ahogado ya en ti mismo.

Soñaba que había muerto, buscaba mis huesos por los astros y me encontré a los pies del Yo plañendo mi identidad.

La sombra, comparada con el sueño, presta a la existencia un exceso de inconcreción. Después de haber inventado mundos y haberlos perdido por los espacios, de pronto se da uno cuenta de que anhela algo que fuera (el Yo) una sombra de ser en medio de una ausencia general de existencia.

Las religiones me enseñaron la senda de la felicidad, a costa *mía*. Pero la ilusión de estar *aquí* es más estimulante que la serenidad de no estar en ninguna parte, de estar en los cielos.

... Y entonces volví a la tierra y renuncié a la liberación.

“LA verdad no sueña nunca”, dijo un filósofo oriental. Por eso no nos importa. ¿Qué íbamos a hacer con su fútil realidad? Ella únicamente existe en mentes de sabios, en prejuicios escolásticos, en la mediocridad de todas las enseñanzas.

Pero el espíritu, al que lo infinito dotó de alas, el sueño es más real que todas las verdades. El mundo no es; se crea *cada vez* que el estremecimiento de un principio atiza las ascuas de nuestra alma. El yo es un promontorio en la nada que sueña con un espectáculo de realidad.

El valor te coloca entre un ser y un no ser, vuelas entre mundos que son y que no son. Mientras yo sea cobarde todo existe, pero, revestido con la armadura de caballero del espíritu, aplasto los surcos de la naturaleza y pisoteo las semillas de la ilusión.

De buen grado hemos insuflado vida a las cosas que se ven. ¿Acaso la existencia no resulta cómoda para la respiración?

Como *ser* parece ser preferible a su contrario, nos hemos acostumbrado a él y nos sentimos mejor. ¿Para qué nos valdría saber que sólo lo imaginamos, que lo experimentamos cuando prolongamos nuestro duermevela?

¿De dónde se difunde la luz del espacio que parece una aniquilación encantadora? ¿Del sol? No. Del reflejo de los ardores de la sangre sobre un fondo azul. De los mismos que siembran la noche de centellas petrificadas.

El universo es un pretexto dinámico del pulso, una autosugestión del corazón.

SONREÍR es incompatible con las leyes de la causalidad: tal es la inútil fascinación que emana de la sonrisa. Por su valor “teórico” es el símbolo del mundo.

La diferencia entre causa y efecto: la idea de que una cosa podría ser origen de otra o que tendría una relación efectiva con ella satisface un mediocre gusto por lo inteligible. Sin embargo, cuando sabemos que los objetos no *son* sino que *flotan* en un todo aéreo, las relaciones entre ellos no revelan nada ni de su posición ni de su esencia. El mundo ni ha nacido ni ha muerto ni se ha detenido en un punto determinado ni se ha convertido en otra cosa valiéndose del tiempo, sino que se comporta como un niño malcriado en un indefinido “para-siempre”. Fugaz vencedor de la evanescencia eterna, sólo el Yo se engaña con éxito de vez en cuando.

Entre las sombras camina encorvado bajo el peso de su existencia diferente y mancha de realidad la blanca nada que lo rodea. A las figuras que parecen vivir, su fuerza de sueño les bombea savia y las transforma en seres. Pues la vida es una visión del espíritu ansioso de ser, prisionero sin escapatoria de la inmutable realidad.

Los pensamientos se han encariñado de forma pasajera con la existencia y presumimos de que somos. También nuestros pies, faltos de una soñadora timidez, profanan las sombras cuando las pisan con confianza y seguridad. Un instante de lucidez, sólo uno; y las redes de lo real vulgar se habrán roto para que podamos ver lo que somos: ilusiones de nuestro propio pensamiento.

CUANDO digo que me parece comprender a Calígula, ¿será que mi orgullo se halaga a sí mismo? Suetonio, buscando denigrarlo y desenmascarar su locura, le rindió sin querer un homenaje: “Sufría particularmente de insomnio, ya que no dormía más de tres horas por noche; y aún ese reposo no era completo sino agitado por extrañas visiones: en cierta ocasión soñó que hablaba con el espectro del mar”.

Ese mismo historiador nos cuenta que no besaba nunca en el cuello a su esposa o a sus amantes sin recordarles que él tenía la potestad de cortarles la cabeza.

¿No escondemos todos en el cenagal de nuestra alma deseos como los que se ponen en boca de siniestros emperadores? Nombrar cónsul a su caballo, ¿no es acaso un juicio válido sobre los hombres?

Y, además, en un imperio tan inmenso habría sido una falta de gusto creer en sus semejantes.

Los emperadores romanos de la decadencia, monstruos inspirados por el genio del hastío, tuvieron tanto estilo en la locura que los estetas del mundo son unos payasos de feria y los poetas unos improvisadores de sombras comparados con ellos.

Si yo hubiese vivido en la Roma de las infiltraciones cristianas, habría custodiado las estatuas de los dioses agonizantes o habría defendido a pecho descubierto el nihilismo de los césares. La magia de la decadencia reside en la ondulante sugestión de los agotamientos históricos y la necesidad de suplir con aberraciones el vacío de la gloria y con la locura el ocaso de la grandeza. Por mucho que atraigan las alturas, es en la sangre donde se bañan los antepasados de la locura.

La crueldad es inmoral para los contemporáneos; como *pasado*, se transforma en espectáculo, al igual que el dolor encerrado en un soneto. La mismísima lepra se convierte en motivo estético si la historia la recoge en sus páginas.

Sólo el instante es divino, infinito, irremediable. El instante que uno está viviendo.

¿Cómo me van a dar lástima las víctimas de Calígula? La historia es una lección de inhumanidad. Ninguna gota de sangre del pasado perturba este ahora en el que soy. Más me enternece el espectro de aquel mar que aterrorizaba los sueños del infortunado emperador.

Injusta historia la que da prioridad a los perseguidores de los cristianos antes que a los mártires. Cualquier memoria guarde de Nerón un recuerdo vivo y seductor; nos acordábamos de él con más emoción. Y por haberlo estado denigrando durante dos mil años, resulta menos banal que Jesús. Una simple incertidumbre bastó para que Pilatos entrase en el mundo de los filósofos que no tienen empacho en citarlo, mientras que Juan el Evangelista, como no tuvo dudas, no pudo sobrevivir a la adoración. Los cristianos lo liquidaron con el amor. Judas se convirtió en un símbolo; la traición y el suicidio le otorgaron una eterna actualidad, mientras que Pedro quedó reducido a piedra de iglesia.

Hoy sabemos todos que Anás y Caifás *tenían razón*; ellos no podían juzgar de otra manera. En el teatro de la Pasión de Oberammergau, cuando contemplaba el drama antiguo con ojos cristianos

y no cristianos, con la objetividad de la desilusión, no me sentía más partidario del Redentor que de sus verdugos. Anás y Caifás tenían carácter, eran *ellos*, si hubieran comprendido a Jesús se habrían anulado. Sus preguntas eran tan racionales que solamente los *locos* habrían admitido las respuestas sublimes e inexactas del Cordero.

Al igual que cualquier cristiano de hoy o de mañana, no puedo morir por Jesús. Y menos aún enloquecer por él. Su sacrificio dio todos los frutos y ninguno. Todos nos hemos vuelto neutros. El cristianismo toca a su fin y Jesús baja de la cruz. La tierra se extenderá otra vez frente al hombre y, antes de que éste descubra otros errores, falta de fe, absorberá sus aromas sin el castigo del cielo.

Es difícil de precisar la fecha en que las iglesias llegarán a ser simples monumentos y el día en que las cruces, purificadas del símbolo de la sangre judaica, sonreirán inútilmente a la curiosidad estética. Hasta entonces, no tendremos más remedio que soportar en los retornos del alma el soplo sofocante de la fe.

Siempre que el cristiano suscita mis dudas, una adversidad dolorosa ocupa el lugar del fasto escéptico y de los aromas embriagadores. Me impide respirar. Huele a viejo. Me sofoco. Su mitología está gastada, sus símbolos huecos, sus promesas carecen de valor. ¡Qué siniestro error desde hace dos mil años! En el viejo mobiliario del alma, todavía despierta un vago eco, en aposentos con ventanas cerradas, con un aire macabro, en la polvareda de la vida. No me ha sido de ninguna utilidad, en ningún momento de mis congojas ni cuando la angustia me abocaba a un callejón sin salida. Alguna vez se me ocurrió apelar a él, sabiendo desde el principio cuánta impotencia oculta un pasado demasiado pasado.

Este cristianismo, tan enternecedor en determinadas bondades pasajeras, no contiene ninguna cultura del orgullo, ni exasperación de las pasiones ni sombra de multiplicación del yo. Si durante las duras soledades a que te obliga el vuelo del pensamiento, buscaras el auxilio de sus preceptos, te perderías en el anonimato, de derrumbarías en medio de los demás. ¡Hay en él tantos gérmenes de descomposición, tan poco aire puro, *una religión sin montañas*, de colinas sin cumbres, de mares para los hambrientos!

Cuando se me acerca, necesito reservas de música para detener las emanaciones venenosas que despide. No podemos habitar en la misma casa. La transformo en farmacia.

He buscado en los libros, en los paisajes, en las melodías y en las pasiones, remedios para el mal del alma, ya que los que capciosamente ofrece el cristianismo son venenos melosos con los que los hombres mueren ignorantes de que el mal del alma es el mismísimo cristianismo.

Cuando se lee a cualquiera de los profetas del Antiguo Testamento, de pronto, la sangre corre con más fuerza en las venas, el pulso se deja sentir, los músculos te impulsan a la acción, a la decisión, al insulto. Allí, el hombre está presente. El Nuevo nos enerva con un encantamiento aniquilador, con insinuaciones de santos óleos adormecedores. Los evangelistas son maestros en matar la voluntad, los apetitos, el yo. San Juan me hace soñar con almohadas donde lloro las flaquezas de las criaturas o con placeres en paraísos con publicanos y mujeres perdidas. La humanidad no ha conocido una fuente de histeria más duradera, más perenne y más equívoca. Tras siglos seguidos de desvanecimientos cristianos, el hombre se ha consolado de sus propios desvanecimientos. ¿Y hoy? ¿Qué otra cosa peor podría hastiarlo? Espectáculo irritante, sin

sorpresas, sin emociones, nada del cristianismo vibra de sed de vida, de absoluto inmediato y reconfortante. En sus manantiales, los labios se quedan secos y, por más imágenes que besáramos, los ojos, la devoción, las esperanzas arden más insistentemente hacia otros horizontes. Los espejismos del Jordán agotaron sus matices y en todo su contenido no se encuentra ya posibilidad alguna de aire. Los aromas de la Crucifixión se dispersaron hacia un cielo cuyas fuentes ya no apagan ninguna sed y en las que no bebe mortal alguno. ¿A quién cautiva todavía el universo de Jesús?

Ungüentos orientales han embalsamado al hombre durante dos mil años. El catolicismo, judaísmo latino, salpicó de un hollín indeleble la exuberancia del Mediterráneo. ¿Cómo pudo “florecer” en sus riberas bañadas de un sol divino? El cristianismo es una reacción contra el sol y en su vertiente católica un ataque contra él que merece un capítulo aparte. ¿No es la ambigua misión de toda religión defender al hombre de las fuentes de la vida? Jesús fue sustituyendo poco a poco al Astro ingenuo, y siglo tras siglo, en el campo de la mirada anhelante de infinito y de calor, se fue instalando el cuerpo del más sagaz de los visionarios. A través de las lágrimas, el hombre ya no veía ninfas sensuales y dichosas sino un esqueleto clavado que fustigaba las dulces vanidades. Catecismos y testamentos amputaron al hombre del tiempo. ¡Qué apesadumbrado se sentiría el sol si supiera que esas lecturas no han inspirado asco dado lo infinitamente putrefacto del cristianismo! ¿Consentiría a un solo cristiano bajo sus rayos?

El alma de España se encadenó voluntariamente al catolicismo. ¿Tuvo miedo de quedarse cara a cara con el sol? ¿Tuvo miedo de huir al sol?

Italia construyó iglesias por temor a volverse superficial de *tantísima luz*. ¿Será para ella el cristianismo un sepulcro que la defiende del cielo, del cielo terrenal, felizmente libre de Dios? Pues existe un cielo de la tierra, una bóveda celeste que no mata pero con el que el hombre corre el riesgo de encariñarse demasiado. Contra ese cielo la plaga del cristianismo preservó a los meridionales. Y en su lugar los embaucó con ilusiones huera y peligrosas, alimentando su imaginación exaltada por primaveras eternas con delirios de paraísos invisibles.

Sin el cristianismo, los pueblos meridionales habrían estado condenados a la felicidad. ¿Por qué no soportaron la condena? Durante dos mil años, *los ojos* no les sirvieron para nada. Vivieron de lo invisible en medio del esplendor. Cristo les ofreció lo que no se ve. Ninguna flor, sólo espinas; ninguna sonrisa, sólo contriciones. Las apariencias del mundo se transformaron en esencias de tormento y el error, aroma de la futilidad, en pecado. Los encantos se degradaron hasta revestir la forma de remordimientos. Todo se volvió *moral*. No hubo el menor lugar para el hechizo de la inútil existencia.

... Así se explica por qué la madera de la Cruz se pudrió y los famosos clavos se cubrieron de herrumbre en medio de nuestra total indiferencia.

ME he aficionado más a los frutos de la muerte que a los de la vida. No tendía mis ávidas manos para recogerlos ni tampoco el hambre me hacía exprimir su jugo con febriles impacencias. Ellos crecían en mí, en los jardines de la sangre florecían voluptuosamente. Soñaba con el olvido en el reino de las aguas del alma, imaginaba mares tranquilos de no-ser y de paz y me despertaba en medio de olas encrespadas por los sudores del miedo.

Seré amasado con el trigo de fúnebres cosechas. Cuando quiero eclosionar, en mi primavera descubro la muerte. Salgo al sol, ávido de infinito y de esperanzas y Ella desciende sobre la suavidad de los rayos de luz. En la oscuridad, es como una música que me rodeara y muero del esplendor de la muerte en la noche.

Yo no estoy en ninguna parte: gracias a la muerte estoy en todas partes. Ella se nutre de mí y yo me nutro de ella. Nunca quise vivir sin querer morir. ¿Qué me atenaza más: la vida o la muerte?

EL deseo de desaparecer, porque las cosas desaparecen, emponzoñó tan atrocemente mi sed de ser que, en medio de los resplandores del tiempo, el aliento se apagaba y el ocaso de la naturaleza me envolvía con multitud de sombras. Y como veía el tiempo en todas las cosas, esperaba salvarlas a todas del tiempo.

La necesidad de convertir a los seres en eternos por medio de la adoración, la premura por elevarlos, por exceso de corazón, de su destrucción natural, me parecía la única labor apreciable. No sé de nada que yo haya amado sin odiarlo a la vez por no poderlo sustraer, mediante el baile de llamas de mi alma, a la ley de su aniquilación. Quise que todo *fuera*. Y todo era únicamente en la fugacidad de mis fiebres. El mundo se me escapaba porque el mundo ya no era. Las lágrimas no derramadas no cuajaban en lo invisible por las miserias de aquí; morían en mí, tristes, por la ineficacia del éxtasis. ¿Por qué no se encadenan en el tiempo “trozos de paraíso”? ¿Es que en mí no mora bastante eternidad?

Hay que ser dadivoso con el mundo. Consumirse derrochando existencia por él. El mundo no está en ninguna parte. Respira gracias a nuestra largueza. Las mismísimas flores no florecerían sin nuestra sonrisa. La avaricia de nuestros dones reduce la naturaleza a idea y, si ponemos sordina a nuestros sentidos, los árboles no vuelven a echar hojas. El alma mantiene las apariencias que ponen celosa a la irrealidad. Pues el mundo es la modificación, hacia fuera, de nuestra soledad.

La adoración endiosó a Dios. También ella hace de los paisajes sombras de absoluto. Efluvios de sensaciones hacen palidecer el cielo ante la tierra: los encantos de la existencia de alimentan de las melodías del alma y, desde lo hondo de las cuevas, oyes la armonía de los astros.

He servido en mi vida a muchos amos y he esculpido mi imagen de cada momento. Si las cosas extintas supiesen cuánto las he amado se procurarían un alma sólo para llorarme. Ninguna de las cosas del mundo podrá acusarme de indolencia. Y así me deslicé febril y cansado por su nada.

El reclamo y la melodía de la tierra penetraban en los pensamientos de los que ésta estaba ausente. Yo estaba, como el Apóstol, enterrado con Jesús en Dios, y el parpadeo de cualquier mujer bastaba para arraigarme inmediatamente en el tiempo. Al límite de la negación, recogía flores y mi corazón al desgajarse esbozaba invisibles gestos de abrazos. El Padre fue mi amo y quizá también el Hijo, el Diablo y el Tiempo, la Eternidad y las otras perdiciones. Me postré ante las caras del mundo fanático de la obediencia, siervo de lo fútil, sometido a los ídolos. Porque el devenir es una sarta de templos en los que furtivamente me puse de hinojos, entre sus ruinas dejé mis huellas y no me queda ya más que esta alma, ruina de saciedad.

¿Por qué no está el corazón en situación de redimir al mundo? ¿Por qué no cambia las cosas en una inmutabilidad perfumada?

Acuden a mi mente las palabras de aquel amigo en la vertiente de no sé qué Cárpatos: “Tú eres desdichado porque la vida no es eterna”.

DE repente, el universo estalla en llamas ante tus ojos. Sus resplandores arrojan luceros del alba. La hoguera del alma ha hecho bajar al cielo.

¿Qué prodigio ha sucedido para que el yo se abra en el frescor del espacio? ¿Y cómo gravita tanta alma sobre un tiempo como cualquier otro?

Has elevado tus límites hasta el todo y los signos del todo te engalanan con su peso. Ya no tienes dónde asirte en un mundo que no tiene extremos.

Solo estuviste y solo estarás. A perpetuidad. Por tus sentidos reptan el sinsentido y no circula la alegría de la materia ni discurren las suaves riveras de la salud. Tu amor se escribió con letras negras en las tablillas del destino: no olvidarás lo infinito con ninguna mortal.

Goza en la adversidad y en la maldición; sé implacable con el tiempo putrefacto. Ninguna llave te abrirá las puertas del paraíso. La infelicidad es la vestal que vigila el fuego inextinguible de tu desgracia. Entiérrate vivo en él, cava tu fosa en su llama más profunda porque ninguna ilusión bajo el cielo te volverá igual a tu destino. El amor te hundirá más en él, el amor, desastre supremo de la predestinación.

No es fácil sobresalir por encima de uno mismo. Menos aún por encima del mundo. ¡Cómo me gustaría ser puerto para las navegaciones del yo! ¡Pero soy más que el mundo y el mundo no es nada!

HE leído la escritura del hombre. He peregrinado por sus páginas, he ojeado sus ideas. Sé hasta dónde han llegado los pueblos y cuán lejos les llevó la tentación del espíritu. Algunos padecieron por inventar fórmulas, otros por engendrar yerros o por coagular el tedio en la fe. Todos dilapidaron sus riquezas por miedo al espectro del vacío. Y cuando ya no creyeron en nada, y como la vitalidad no podía sostener el aleteo de los engaños fecundos, se entregaron a las delicias del ocaso, a la languidez del espíritu agotado.

Lo que ellos me enseñaron, esa curiosidad devoradora que me llevaba por los meandros del devenir, es como un charco de aguas muertas en donde se refleja la carroña del pensamiento. A las furias de la ignorancia debo todo cuanto sé. Cuando todo lo que he aprendido desaparece, entonces, desnudo, con el mundo desnudo frente a mí, empiezo a entenderlo todo.

Fui compañero de los escépticos de Atenas, de los descerebrados de Roma, de los santos de España, de los pensadores nórdicos y de los brumosos ardores de los poetas británicos, libertino de las pasiones inútiles, adorador vicioso y abandonado de todas las inspiraciones.

... Y al final de todo, he vuelto a encontrarme conmigo mismo. Reanudé el camino sin *ellos*, explorador de mi propia ignorancia. El que da un rodeo a la historia se desmorona violentamente en sí mismo. Cuando el esfuerzo del pensamiento llega a su límite, el hombre se queda más solo que al principio, sonriendo inocentemente a la virtualidad.

No son las hazañas temporales del hombre las que te pondrán sobre las huellas de tu realización. Afronta el instante con valor, sé implacable con tu fatiga, no son los hombres quienes te revelarán los arcanos que yacen en tu ignorancia. Es el mundo el que se esconde en ella. Basta con que escuches en silencio y lo oirás todo. No existen ni verdad ni error, ni objeto ni figuración. Presta oídos al mundo que yace en algún rincón de ti mismo y que no precisa mostrarse para ser. Todo existe en ti, incluso espacio de sobra para los continentes del espíritu.

Nada nos precede, nada coexiste, nada nos sigue. El aislamiento de la criatura es el aislamiento del todo. El ser es un jamás absoluto.

¿Quién puede estar tan falto de orgullo hasta el punto de tolerar que exista algo fuera de sí mismo? Antes que tú, resonaron cánticos; después de ti, continuará la poesía de las noches, ¿de dónde sacarás la fuerza para soportarlo?

Si, en el desastre del tiempo, en el milagro de una presencia no soy contemporáneo de la creación y la destrucción de la naturaleza, lo que he sido y lo que soy ni tan siquiera se aproximan al estremecimiento que provoca un leve asombro.

AYER, hoy mañana. Categorías de servidores. Tras mucho recorrer los senderos de los hombres, no he encontrado sino a éstos. Lacayos y criadas.

Fijaos en las palabras que anticipan las convulsiones de sus frecuentes desvanecimientos y os lo explicaréis.

El amor crece en los ardores de la banalidad y disminuye en los momentos de lucidez de la inteligencia. La estupidez estática se repite con facilidad porque ningún obstáculo interviene en un cerebro liso. “Creced y multiplicaos”, mandamiento destinado a un universo de lacayos abierto a la pasión horizontal e incapaces de experimentar otros goces que los de revolcarse.

Impermeable a la música, el hombre alcanza el éxtasis en el vientre y goza con un gemido pasajero, llamado felicidad a la esencia equívoca de lo absoluto de la columna vertebral.

... Y así te revuelcas en el hormiguero infinito de los mortales con el ayer, el hoy y el mañana, y buscas puentes hacia la futilidad inmediata de los acaloramientos fáciles. Las criadas están preparadas. Tú también entras en la danza y, colgándote del brazo de la vileza de los demás, te inclinas ante el destino vano, olvidas tu asco y te olvidas de ti mismo.

EL tedio parisiense, meridional y balcánico...

El tiempo enmohecido sobre las casas, sobre las fachadas que la historia ha salpicado de hollín... Venecia es reconfortante comparada con la cautivadora desesperanza de las calles disolventes de París. Paso por ellas y todas las congojas que provocan las vacilaciones de la fortuna se me antojan sutiles vaivenes, timbres de gloria que me hacen ir codo a codo con la ciudad cansada. ¿En qué creer aquí? ¿En los hombres? Pero si ellos *fueron*. ¿En los ideales? Después de tantos, implicaría carecer de estilo. Reposo entonces, en las fatigas de Francia y me elevo hasta el prestigioso hastío de su corazón.

La bruma gotea sobre París sus paraguas de pensamiento y se vuelve expresión de la historia antes que de la naturaleza. París está viviendo en el siglo de la niebla. ¿Por qué no puedo imaginármela en la época de los Luises? La niebla parece traducir un momento y no una esencia. La naturaleza participa en un ocaso histórico.

Me vuelvo hacia las casas y me quedo mirándolas. Y cada una de ellas se vuelve hacia mí. “Acércate, tú no estás más solo que nosotras”, murmuran mis compañeras de días vacíos y noches interminables. Podemos sucumbir al encanto de las ciudades italianas, pero en ninguna parte se estará más cerca de las cosas que se integran en el hombre.

Cuando tarde ya, purificado de suspiros nocturnos, das vueltas y más vueltas sin esperanza y sin desilusiones alrededor de la iglesia de Saint-Severin, de Saint-Etienne-du-Mont o te pasas horas y horas en la plaza de Saint-Sulpice esperando una mañana que no deseas, la ciudad despoblada se eleva contigo hacia las inmensas inutilidades del silencio. ¿Sabrás tú hasta dónde la hiedra que flota diseminada allí donde el Sena refleja Notre-Dame, se ha reflejado en ti? A menudo he descendido con ella en el ahogar virtual de sus sinuosidades melancólicas.

Y en pleno día, sacudido por la sugestión de una ausencia, las fragancias de París hacían cobrar vida al vacío de tu razón de ser. Este es Su encanto, el verter consolaciones de belleza sobre los males incurables del alma, llenar de impalpables sortilegios los vacíos creados por el tiempo en que se vive. *La ciudad te comprende*. Se posa sobre tus heridas. Te crees perdido: en ella te reencuentras. No necesitas nada; está ante ti. Solamente Ella puede reemplazar a un amor (como el amor, también ella se te sube al corazón) y, qué extraño desatino, los hombres aman más aquí. Es tanto lo que he sido en ella que, si la abandonara, me separaría de mí mismo.

Jamás he visto un cielo tan alejado como el que se ve desde el fondo de sus callejones en los que me emborrachaba de oscuridad. Pero en los bulevares, este cielo se extiende de pronto sobre la ciudad y prolonga indefinidamente el tedio con el que sueña sobre los tejados pensativos.

Y aunque reviviera todos los firmamentos que se ciernen sobre mares mediterráneos y las neblinas generosas que bañan las landas bretonas, ninguno de ellos podría borrar su recuerdo. Y cuando quiero definir su encanto, caigo en mí y me lo defino: *la imposibilidad de ser azul*. Las nubes se deshacen lentamente; los jirones de azul no se encuentran. No pueden éstos componer un

cielo que se busca y no se realiza. Los rayos de luz se filtran difusos por indecisas nieblas y se posan sobre un espacio enturbiado. Extensión gris y blanca, siempre está tapando algo: *el cielo* está más allá. París no tiene “cielo”. Y, de tanto esperarlo, te mezclas con la niebla luminosa, pierdes en ella tu desengañada añoranza por el azul celeste, te desvaneces en la gama pardusca y caprichosa de la bóveda aparente, con el pensamiento puesto en un *más allá* que no sabes si quieres o no. El cielo holandés de París...

Con él me he entendido siempre como jamás lo he hecho con nadie. Cuando elevaba la mirada hacia su inestabilidad, cada uno de sus aspectos traducía una de mis impaciencias. Cambia de hora en hora, se compone y se descompone: inconstancia de la altura, demonio escéptico, del azul y de las nubes. Abandonado muy a menudo en el crepúsculo humano de la Ciudad, ¿cómo habría salido yo de la inmediatez del ninguna-parte del amor sin el consuelo de su alta vecindad? Es un otoño en flor, un fin teñido de aurora. Lo lleva uno consigo, bajo todos los otros cielos.

... Y cuando, harto de atardeceres al mediodía, bajas al sur ansiando primaveras, el azul resulta ser una felicidad que envenena muy pronto su propia abundancia. La desesperanza de los días idénticos, el abuso de cielo, la saciedad de lo immaculado se adueñan de ti y miras hacia la fuente de los consuelos con odio y aversión. ¿Dónde esconderse de tanto cielo, del inflexible sol, de la siniestra repetición del esplendor? Cuando no se tiene corazón para tanto azul ni espacio en los pensamientos para los candores de la luz, el hastío endulza con su veneno la severidad de la cruel irradiación y proyecta oquedades de pensamiento en el desierto monótono. ¿Cómo encontrar felicidades que puedan compararse con un cielo como ése? Su perfección mata a toda alma nacida de imaginaciones inciertas.

... De modo que te vuelves a la podredumbre de los Balcanes donde, de futilidad, la arcilla humea con los hombres. Vuelca tu calavera embriagada de perfumes y recamada de pensamientos, destroza tus sueños a la sombra de las catedrales, cébate con pestilencias en las que se revuelcan harapos humanos y olvida las gracias lúcidas del espíritu.

Ese cielo no tapa a nadie pues él se extravió con hombres incluidos. ¿Por qué se habrán parado a orillas del Danubio y a la sombra de los Cárpatos seres nacidos con ojeras y arrugas, envejecidos por la nada, marchitos de una impotencia innata? Todos se deslizan hacia Mares Negros pero éstos son inhóspitos y los dejan como bobos en la orilla, cruelmente privados de ahogarse. Después de tus andanzas por el mundo, ¿qué alivio encontrarías entre tantos desventurados? Allí la naturaleza florece sobre desesperanzas. La tierra es negra, sin el dulce rastro de ningún paso glorioso, se te sube a la sangre. Y la sangre se te pone negra. Y tú miras al cielo. Y el cielo se vuelve infierno.

¡Maldito rincón del mundo, tu infamia hace reír al tiempo con una mueca burlona y tu desdicha no ha enternecido a ningún corazón delicado deseoso de fúnebres encantos! Visto desde los Balcanes, el universo es un arrabal por el que callejean mujerzuelas sifilíticas y zíngaros asesinos.

Su tremenda pasión por la basura, de removerla al alegre son de trompetas funerarias, ni siquiera pudo inventar un dios libidinoso. ¿Qué astro anhelante de periferias habría podido caer por allí? ¡Gusanos bulliciosos bailando la danza de la lepra!

Jamás una franca rebeldía encontrará un terreno propicio a los rubores celestes. Las esperanzas se cubren de herrumbre y los temblores desaparecen. La desgracia despliega su inmensidad.

Corriendo en desbandada y consumido por las fiebres del desconsuelo, marchando por los confines que ningún plan del Génesis previó, que escapan al ojo de Dios y que los demonios evitan, el pensamiento enlutado por el recuerdo de otros espacios levanta patíbulos a las esperanzas y todo cuanto florece en el corazón cuelga sus sueños de una sogá.

¿A qué milagro se debe que, en un cuerpo compuesto por todos los azares de la materia germine de forma duradera el rechazo a los accidentes irresistibles de lo cotidiano? Súbitas inspiraciones te arrojan sobre la vida más allá de lo que imaginabas. Pero poder ser *consecuente*, permanecer en tus posiciones en el enésimo cielo, es tan difícil de entender que antes comprendo a un viejo borracho que a un redentor recalcitrante. Después de leer a Buda o a cualquier otro vividor de lo sublime, sólo me entran ganas de pedir una sopa de ajo.

¿Es que no tendrán los profetas compasión de sí mismos? ¿Cómo es que no les conmueve ese insensato deslizarse hasta las alturas por una pendiente sin salida? Lo sublime no sabe a nada, mientras que los aromas de la imperfección vagan por la mente con sus sugerencias de caída. La monotonía de la revelación continua hace de la religión una profesión hostil. La tierra sale ganando con no tener ningún sistema. Al pisarla, sabemos muy bien que no echaremos el ancla en ninguna parte ya que lo insoportable de la tierra supera al de la mar. Los filósofos, los mentores y los benefactores, en su carrera en pos de la constancia y la fe, en realidad se refugiaron en otra parte y las despreciaron. Sabían que tierra significa *derecho al accidente* y, sin desertaban del capricho, ¿qué habrían hecho en su paraíso resabiado?

Por ella voy arrastrando los huesos, en ella me quedaré. ¿A qué otro sitio podría ir? ¿Dónde podría calmar mis furores con un ansia más altanera y cruel? Sonriendo indulgente ante su vaciedad, ahogas tu añoranza por las lejanías con los joviales tontos que te rodean y, mientras se pelean con las inútiles de sus prójimas, das trabajo a las ilusiones. Angustia vana en continentes estériles.

Para apartar a Buda de la perfección, el demonio le envía danzarinas expertas en el amor. Éstas practican los treinta y dos sortilegios del deseo. No lo consiguen. Después los sesenta y cuatro; tampoco. El bienaventurado se queda impasible y se agotan todas las posibilidades de encantamiento.

Él, que sabía tanto y en primer término la nada de la carne, rechazó el único modo de errar que confirmaba su doctrina. El deseo puede vencer a la tierra en su propia casa. Matarlo es un crimen contra la nada.

La serenidad del príncipe divino mordiendo la carne mortal, ¡qué símbolo de la cópula de la eternidad con la nada! Si Buda hubiese cedido a la tentación, lo pintoresco del equívoco en el paisaje absoluto de su existencia habría hecho de él el único modelo a seguir por sus discípulos. La ineficacia de la tentación deja en mal lugar a todos esos iluminados que no quisieron traicionar a la Nada con la Vida, nada ella también pero más jugosa.

La música sustituye a la religión al haber salvado lo sublime de la abstracción y de la monotonía. ¿Los músicos? Unos *sensuales* de lo sublime.

¡OJALÁ se incendiara la bóveda celeste y sus llamas se inclinaran hasta lamer el cráneo de los hombres! ¡Nada de quietud del firmamento, ni de encantamientos serenos ni de mansas sonrisas a la luz de la luna! ¡Sino el temporal de los astros enloquecidos injertado en las violentas fiebres del pensamiento!

¿Por qué permanecen las cosas en pie mientras tu fuego está tronando a las alturas? Por las alamedas de los parques contemplas el inmóvil temblor de las hojas. ¡Pero si la hoguera de las estrellas ha hecho inflamarse tus ramas! ¿Cuántos cielos has enterrado en ti mismo para que, bajando con los arqueólogos de cementerios, tantos dioses desaparecidos se lamenten a la luz y a los ángeles que en tu sangre baten sus alas dejando un eco en el alma?

No voy a poner mi punto de mira en pasados donde yacen ídolos derrocados y Jesuses de ocasión. ¿Para qué sirve despertar el fantasma de los llantos en las noches estranguladas por las vigiliass? No tengo lágrimas con que rociar las cruces y colinas ni deseos de pasajeras resurrecciones. Al contrario, en medio de la borrasca del mundo, quiero surcarlo de melodías y derramar las voces de mi sangre en la ruina sonora del espacio. ¿De qué me serviría refrenar un palpito predispuesto para el estruendo y una carne ávida de la inmensidad y del cántico?

No quiero soñar con la tierra sobre aguas muertas sino sobre rocas trituradas por abrazos de espuma.

LOS atrevimientos del espíritu hacen añicos la existencia. Pero luego, ¡qué delicadamente pisamos sus pedacitos! Castigamos nuestro exceso de valor y la búsqueda impúdica de la verdad con la cálida ternura que sentimos por esos vestigios de existencia machacada por la rapacidad del espíritu.

¿Qué hay más imponente que la soberbia del pensamiento flotando sobre todas las cosas y descendiendo de vez en cuando entre ellas con inspirada maldad? Un espíritu ansioso de aventuras es indómito y cínico, siempre está vacilante y burlón. Nos elevamos gracias a la inmensa hiel que horada los aspectos y envenena las apariencias, para saborear su descomposición y despojarlos de una vana fascinación. El conocimiento se convierte en empresa y acción, en pasiones de hiena filosófica y en delirios lúcidos de chacal. De pronto, detienes el vuelo y te dejas caer en picado con las alas plegadas para clavar tus garras en lo real que subyace en ti. El espíritu es águila y serpiente, uñas y veneno. Los rincones que hayan podido quedar en las cosas representan un interrogante para la profundidad del espíritu. Los instintos del ave de rapiña se revelan en el conocimiento. Quieres dominarlo todo, hacerlo tuyo, y si no es tuyo lo haces pedazos. ¿Cómo iba a escapársete algo si tu sed de infinito traspasa las bóvedas y tu orgullo erige un arco iris sobre la catástrofe de las ideas?

Una vez que has devastado la existencia y sus imágenes, la osadía se atempera y jalona de pesares los desiertos que dejan las huellas de sus pasos. Entonces comienzas a ser *humano* con las cosas muertas y la hiel se torna en bálsamo aplicado a las heridas del ser. El conocimiento mancha de sangre lo real. El orgullo del espíritu se extiende sobre él como un cielo asesino.

¡Pero de cuánta ternura somos capaces cuando, al retorno de la intrépida aventura, nos inclinamos con los ojos húmedos sobre los jardines de la apariencia limpios de nuestra ansia de verdad! ¿No tomamos en brazos a los seres heridos por los dardos del espíritu y no se vuelven hacia nosotros las saetas que les tiramos a ellos?

Nos reconciliamos con el mundo y sangramos. Pero en el sufrimiento hay una alegría tan pródiga que abanica con sus alas invisibles a todas las víctimas de nuestros homicidas despertares. Al final de los diabólicos entusiasmos del espíritu, ¡nos transformamos en pura magnanimidad para rescatar los encantos fútiles violados sin los que no podemos vivir!

AQUELLOS a quienes atormenta la insuficiencia del paisaje del ser, los que se consumen con el inútil transcurso de las horas, ¡cómo se alegran de librarse de los relámpagos que proyectan sobre las cosas un ardiente contenido! Para un alma infectada por el vacío del mundo, la obsesión de la venganza es un alimento dulce y reconfortante, un elemento sustancial en el tiempo, una furia que engendra sentidos más allá del sinsentido general. Las religiones, en su odio contra todo lo que es nobleza, honor y pasión, contaminaron las almas de cobardía, las privaron de sentir nuevos estremecimientos y frenesíes. Pero donde más fuertemente golpearon fue en la necesidad que tiene el hombre de ser *él*, valiéndose de la venganza. ¡Qué aberración perdonar a nuestros enemigos, presentarles todas las mejillas inventadas por un ridículo pudor, para que nos escupa y abofetee toda la canalla que nos rodea, a quienes nuestros instintos nos incitan a pisotear sin piedad!

El hombre es hombre en la intolerancia. ¿Te ha hecho alguien algo malo? Fermenta el odio dentro de ti, retuerce tu secreta amargura, deja que la sangre bulla en tus venas. Cuando la inmensa quietud de la noche se cierna sobre ti, no caigas en el olvido destructor de la meditación, quema con dolor y furia la blandura de tu carne, hinca tu mortífero veneno en las entrañas del enemigo. ¿Para qué te serviría si no, prolongar una vida insulsa?

Enemigos los encontrarás donde tú quieras. El pensamiento de la venganza mantiene una llama permanente, una sed absoluta y, más que ningún otro goce, te hace presente en el mundo, halagando tus aspiraciones y tus años porque tú, que eres joven y malvado, dominado por el arribismo y la subversión, ¿adónde dirigirías los impulsos de tu odio y de tu furia contrariada?

Los pueblos guerreros no fueron crueles y aventureros por puro deseo de depredación, sino por el horror a la monotonía de los días, por la carencia de un ideal de la felicidad. La obsesión de la sangre deriva de lo infinito del hastío, de lo insoportable de la paz. Eso mismo les ocurre a los individuos. ¿Cómo se dejarían languidecer entre bostezos de apatía y goces de poca monta?

¿Qué podría hacer yo con la mansedumbre y con los otros mundos adonde me encamina una religión falta de esperanzas? ¿Qué iba a hacer con mi tranquilidad? No puedo reconciliarme conmigo mismo, con los otros, con las cosas. Ni siquiera con Dios. Con él de ninguna manera. ¿Quedarme en sus fríos brazos como un estúpido adorador? ¡Pero si yo no necesito ninguna yacija propia de viejas cansinas! Reposo mejor sobre las espinas de este mundo y cuando me encorajino me vuelvo también yo una espina en el cuerpo del Creador y de sus creaciones.

Me atrae el pasado sangriento de Inglaterra, la piratería en las costumbres y en la literatura, su patético vendaval de crimen y de poesía. ¿Alguna otra nación ha escrito una poesía cuyas estrofas estén más violentamente salpicadas de sangre? ¿O alguna inspiración más feroz, más divinamente inmoral, más gloriosamente asesina? ¡Pero de qué forma tan lamentable terminó ese pueblo a las puertas del parlamento! ¿Dónde están los piratas de antaño que llevaban por los mares su sed de sangre y rapiña y su afán por lo desconocido?

Un pueblo conoce la fama en épocas de aventureros, de vagabundos, de desarraigado nostálgicos, cuando el odio, la venganza y el honor abren los corazones a otros horizontes y para quienes las conquistas son el supremo aliciente de su existencia. Desde que los ingleses dejaron de ser crueles y prefirieron la felicidad a la osadía, la riqueza a la pasión, el dinero a la locura, entraron sin escapatoria en un ocaso vergonzoso, en el cálculo, en la bolsa, en la democracia y en la agonía. La razón se entronizó en su vida, la razón que mata el entusiasmo de las naciones y de los individuos. Un pueblo *asentado* es un pueblo perdido, exactamente igual que un individuo *obediente*. Los imperios se hacen con gentes sin oficio ni beneficio, con granujas, con bellacos agresivos; se gobiernan y se pierden con diputados, con ideologías y con principios. Desde el punto de vista del sentido común, Napoleón fue un insensato. Bajo su dominio, Francia sufría “sin razón”. Pero un país sólo es por aventura. Cuando a los franceses les atraía la idea de morir por pasión o por gloria, una paradoja parisiense pesaba más y era más decisiva que un ultimátum. Los salones decidían la suerte del mundo, detrás de la inteligencia crepitaban hogueras y el *estilo* constituía el florecimiento civil de la sed de dominación. El espíritu mantenía sus sutiles desvergüenzas sobre excesos vitales. El siglo de las Luces traducía en gobelinos y lucidez la gracia inútil de la fuerza y los doctos desengaños del poder.

Una nación se extingue cuando empieza a *conservar* y cuando en el hastío y el tedio sólo penetra el cansancio de la gloria y de la bravura.

El ansia de grandeza y de inutilidad es la suprema excusa de un pueblo. El buen sentido, su muerte.

HIJO de un pueblo malaventurado, ¿para qué condenar el hado innoble y suavizar con aclaraciones el implacable destino? A los pies de los Cárpatos, la marcha del mundo pasa junto al hombre y el sol se anega en el estiércol y la vulgaridad. Ningún ideal riega la alegría mortuoria de los esclavos del tiempo en esa puerta de entrada al Oriente.

Lúcido, el tedio te mata. El vacío agresivo de la patria doliente y las arenas esparcidas en el desierto de las almas de sus hijos te arrastran a la taberna y al burdel para que, en hipnosis arrabaleras, olvides las amarguras seculares del país, la aridez esteparia del corazón y la falta de blasones en los escudos. Entonces te dedicas a emborracharte y a blasfemar para no hincarte de rodillas y rezar.

Amargado por tantos no-hombres, engañas tu desierto natal con oasis y huertos. En el bosque halló consuelo el valaco durante los desastres; en el bosque te consolarías tú de él.

Estaba escrito que nosotros, vástagos de dacios y de otros pueblos inciertos y difusos, no forjaríamos ningún pensamiento de felicidad y que con las gotas de nuestra sangre formaríamos un rosario de aflicciones, herencia de tribus de vencidos. El suspiro y la maldición fueron nuestra estrategia, pastores caídos de alguna estrella, destinados a ascender al cielo y a rebajarse en el tiempo.

La servidumbre innata apagó la llama de la gloria en un pueblo al que las repetidas condenas pusieron a prueba. El orgullo de las criaturas le es ajeno. Esos pastores de rebaños y no de ideales ni siquiera conocen la fatuidad.

Aunque yo tuviera ingenuidades de ángel y creencias de niño, ni aun así sería su confiado retoño. Ojo avizor desde que nací, agucé la vista en las regiones donde sopla el espíritu, mi orgullo sangra al ver a este pueblo de siervos, humillado desde los orígenes, mancillando su destino. No fondeará en ningún puerto. Su sino es la eterna tristeza.

No puedo seguir inventándole vocaciones que él desmiente. Su existencia ofende a todo lo que se eleva por encima de la desilusión. La menor esperanza constituiría una insensatez y ser profeta un ejercicio de cinismo.

Pareciera que a su corazón le ha puesto una cincha y lo aprieta para que se ponga a plañir un canto quejumbroso, y al dadivoso Tiempo le tira de la brida no sea que eche a correr hacia el futuro.

—¿Qué nación es ésta? —pregunta febril la razón—. No se la oye caminar en el mundo.

—Se la oye en mi desesperación.

¿Quién enderezará su destino encorvado? El cielo hace un gesto como de asco ante el marasmo valaco y, desde las alturas, le arroja con desprecio la dádiva que anhelaba: exonerarla de toda misión.

Mires adonde mires, ¿de quién te vas a enorgullecer?

Pueblo de indigentes, infinito en la desgracia, creado para aumentar la tristeza de los que ya

nacieron tristes... En la conciencia crepuscular y cansada de los países podridos de gloria, que ya no tienen necesidad de futuro, el no-destino valaco agrega una pesada sombra a la infinita lobreguez del alma. Sólo así respira todavía el pueblo de pastores en los pensamientos que dieron la vuelta a Nínives pasadas y presentes. ¿Qué otro sentido tendrían sus seculares cayados en la magia negativa de los otoños del espíritu?

... Antepasados que durante tantos años habéis estado llorando vuestras penas con la flauta, ya no estáis en mí. Vuestros cantos no tienen el eco nostálgico de dulces desarraigos y de venturosas tierras. Junto a vosotros, solo, me extinguiré. Y mis huesos no oso contarán dónde perdí el honor de mis tuétanos y los resplandores del cerebro.

SI yo fuera general, llevaría a mis huestes a la muerte sin engaños: sin patria, sin ideales y sin el señuelo de alcanzar una recompensa terrenal o celestial. Se lo diría todo y en primer término lo inestimable de la vida o la muerte. Honradamente, uno sólo puede enardecerse en nombre de la no-existencia; si existe algo, el sacrificio, por pequeño que sea, representa un daño irreparable.

La muerte es un fantasma; como la vida. Solamente se puede morir sabiendo que en su razón de ser no hay ni ganancia ni pérdida.

Ha habido, pese a todo, caudillos militares que no marcharon por la senda del engaño...

Es difícil amar a Marco Aurelio; tanto como no amarlo. ¡Escribir sobre la muerte y la inutilidad, por la noche en una tienda de campaña, medir las pequeñeces de la vida en medio del fragor de las armas! Como paradoja humana, resulta tan extraño como Nerón o Calígula. ¡Pero qué grande habría sido este emperador pensador si no hubiera bebido en las fuentes de los estoicos, si no hubiese encorsetado su sensibilidad con unas enseñanzas de segunda mano! Toda la doctrina que hay en él es mediocre. La concepción de la materia, de los elementos, la resignación como principio, ya no le importan a nadie. El sistema es la muerte de los filósofos más aún que la de los emperadores.

Lo único vivo y fructífero entre todas sus reflexiones es el estremecimiento de la soledad. El amo del mayor de los imperios no tiene dónde apoyarse; el más poderoso de la mayor de las potencias sólo dispone de la idea del fin. Marco Aurelio es el símbolo puro de las rarezas de la decadencia, de la magia que emana de los ocasos de la cultura.

La tierra es tuya y tú no tienes más cobijo que la futilidad. Si Marco Aurelio hubiese seguido a los trágicos griegos sin uncirse a la doctrina, ¡qué exclamaciones hubiese registrado el espíritu humano! El estoicismo le impuso un pudor que nos molesta. Y él mismo, si sus maestros no se lo hubiesen impedido, si no hubiese padecido la enfermedad del aprendizaje, ¡cuántas desesperanzas derivadas de los hechos de armas se habrían mezclado con sus meditaciones que, sin embargo, niega con una descorazonadora benevolencia!

Marco Aurelio, *como guerrero que era*, no tuvo conciencia de la nada. ¡Qué extraña poesía hemos perdido! Su insípida sapiencia lo preservó de las contradicciones que dan a la vida su misteriosa atracción. Hay en el emperador romano demasiada resignación, demasiada conformidad, demasiada vergüenza por los extremos del pensamiento. En fin, demasiado *deber*. ¡Pero haberlo visto al frente de sus legiones llevándolas a la grandeza con un desprecio equivalente a la pasión de la conquista! Vivimos de verdad cuando verificamos una pasión con su contrario. No tomar un remedio sin haber ingerido veneno y viceversa. Cuando se sube una cuesta, colocarse simultáneamente al punto simétrico de la bajada. De esta manera, nada escapará a las posibilidades de ser.

LA respuesta del Hastío a todas nuestras preguntas es siempre la misma: éste es un mundo manido

De modo que tomas la decisión de actuar en todo contra él.

Lo nuevo solamente existe en nosotros. Ni en las cosas ni en los seres. “Lo real” es un cuento fantástico de apariencias que te encanta, mientras tu canto mantenga el ritmo de su baile. Sin que nosotros podamos impedirlo, el velo que recubre ese espectáculo llamado vida se desgarrar en miríadas de copos ilusorios y, de todo cuento se desarrollaba ante nuestros ojos, no quedan ya ni tan siquiera las sombras de una quimérica realidad.

La función del hastío es desgarrar ese velo. ¿Será nuestro canto lo bastante fuerte como para hacer que ondee más allá de un mundo ficticio *existente* en el ardor de nuestra imaginación?

Toda la naturaleza es un embeleso decorativo de nuestra música interior.

Tras el mundo no se oculta otro mundo ni la nada encubre nada. Por más que cavases buscando tesoros, sería un esfuerzo inútil: el oro está disperso en el espíritu, pero el espíritu está bien lejos de ser oro. ¿Maldeciremos la vida en inútiles arqueologías? No hay *huellas*. ¿Quién las habrá dejado? La nada no mancha nada. ¿Qué pasos habrán pasado por debajo de la tierra si ni siquiera hay un *debajo*?

Pilota tu nave sobre las olas de la apariencia y no te rebajes a ser un mensajero de los estratos ocultos. La irrealidad es la misma. Estés en la superficie del mar o en las profundidades, no sabrás más en ningún lugar que en aquel donde te halles. Y no te encuentras en ninguna parte porque el *ninguna-parte* es la vasta inmensidad del *en-todas-partes*.

Soñar no resulta más engañoso que los rescoldos del sueño o que la penosa tarea de la vida diaria. Soñamos siempre. Las impalpables visiones de la noche, ¿cómo podrían tener celos de los espectros que propalan las disputas de los mortales? Las casas del mundo rivalizan sobre cuál tiene más alucinaciones.

De tanto alimentar pasiones en un universo fantasmagórico, el hombre se ha hecho acreedor de su fama.

Sin embargo, tú sigue tu camino y, como un sol escéptico, ilumínalo con los rayos de tu cólera pensadora.

SI nada te incita de por sí a la acción y a sus fines, ¿qué te impulsa tan fuertemente a realizarte? Y como no te parece censurable la ociosidad, ¿qué es lo que te empuja a la fiebre de las horas y los actos? ¿De dónde te viene el remordimiento por perder el tiempo después de haber visto la vanidad de su substancia?

Cada instante se pierde para la eternidad. Un *luego* del no-ser te amenaza en la encrucijada de la respiración con el mundo. Lo que aplaces, se quedará aplazado para siempre. La muerte está presente y tú no puedes permanecer como *posibilidad* en ella, eliminación incurable de lo posible.

Si no me hubiese perseguido ese fatal *luego*, no habría añadido nada al registro de mis sentidos. Todo lo habría a la cuenta de la vejez. Quien no es objeto de los reclamos del fin dispone de un tiempo ilimitado y, por eso, no consigue realizar nada. Toda realización, y antes que nada la tuya, deriva de la obstinada obsesión por la muerte. Su llamada afirma la voluntad, activa las pasiones y solivianta los instintos. La fiebre de la acción es su eco temporal. Si yo no sintiera que estoy abierto constantemente a la muerte, que no tengo protección ni resguardo, nada sabría, nada querría saber, nada sería ni nada querría ser.

Mas veo que ella está *aquí*. La estoy viendo. La ahuyento y la acerco. Soy ella y no lo soy. Lo que en mí es llaga en ella es sarpullido. Y yo soy pura llaga.

A menudo, llevado por las melodías del insomnio, he vislumbrado la luz amarilla de los crepúsculos matutinos y el despertar de las cosas indecisas. Pájaros que de día trinaban sin sentido a una naturaleza que parecía enajenada para siempre. Y mis pensamientos cantaban también, pero atrás, a la noche. Veía entonces el resplandor cárdeno de la muerte y trataba en vano de dispersarme en lo efímero de las auroras, de creer en las madrugadas.

...Y si llevo mi recuerdo hacia todos los que me enseñaron algo, me parece que el secreto de su atracción nace de la vecindad de la muerte. Al estar eternamente en el límite, se encontraban en el reino natural del conocimiento. La sabia agonía de la materia traspasaba su voz en su destino frágil y doloroso, y sus palabras, fatales conceptos, les salían graves e inútiles, nerviosas y amargas, en la floración final. Sólo encontré calor en sus almas. De ellos emanaban aromas de pensamientos, sentencias a lomos de perfumes agresivos. La mezcla de enfermedad y vitalidad arrolla extrañamente las construcciones naturales ya que no estaban en ninguna región y estaban en todas. El mal oculto en la fragilidad de la vida, ¡qué coexistencia de otoño y primavera en las ideas! Sólo he querido a los que no se encastillaban en ninguna estación y junto a ellos, cercados por la muerte, olvidaba el clima del espíritu y me volvía espíritu con ellos.

HACE mucho que sé que a los hombres no les da vergüenza existir. Siempre me asombraron su marcha confiada, sus ojos interrogantes pero sin pena, su porte altivo de gusanos verticales. No los he visto mostrarse agradecidos a la tierra ni postrarse con melancólica piedad ante sus frutos pasajeros. La adoración es un producto del aislamiento. ¡Y qué eternos serían los mortales de todos los días si tuvieran bastantes ilusiones para que sus pasos discurrieran por un universo de terciopelo! ¡Pero no! El hombre a su paso sólo deja calamidades y desfiguración de la apariencia. No he visto en él fiebres que llenen el espacio y hagan palidecer el cielo. La vida compartida con los demás sólo es soportable en medio de un éxtasis común y no hay nada más raro bajo el sol que el éxtasis.

¿Luce el sol para calentarnos? ¿Nos cubre la noche para que nosotros nos cubramos de sueño? ¿Está ahí el mar para que lo conquistemos? Desde que la *utilidad* apareció en el mundo, éste ya no es. Ya no es por encantamiento. Únicamente la adoración respeta las cosas en sí mismas y la vida no es tal sin las lágrimas de dicha de los sufrimientos que ella origina. Me subí con ella a cuevas sobre sus prados mendaces mientras mi corazón se despedazaba a los acordes de un canto fúnebre. ¿Cómo podría tragarme esa tierra que he regado con mis lágrimas cuando la abrazaba y con mi sangre cuando la despreciaba? ¿Tendré que pudrirme en su seno, en el seno de la tierra que lo único que tiene de eterno es la tumba? ¿No habrá ningún seísmo capaz de trasladar los cementerios a una tierra más pura?

... Así llegas a bañarte con idéntica pasión en el nacimiento, la juventud y la muerte, la nada y la eternidad, indiferente a los fines, asqueado de las razones de ser y de los logros. Vayas donde vayas, siempre es lo mismo. Dices *eternidad*, porque tus temblores han roto el tiempo y cuando es el tiempo el que te ha roto a ti dices *nada*.

Un cálido soplo hincha las venas y entonces tiemblas de esperanzas y te dices: *vida, juventud*, y te estremeces pensando en el amor y en el futuro. O cuando en ellas únicamente circulan pensamientos y brisas de otoño entre dolorosos silencios, entonces dices *muerte* y todas las zarzas del tiempo se enroscan en tu alma.

Te das cuenta entonces de tu papel, eres un apasionado de las apariencias. Enfermo de entusiasmo, sigues apegándote y despegándote a todo y de todo, desgastando según las circunstancias, ciego o espabilado, la inconmensurable temporalidad a la que te has entregado.

SI el mal de la pasión nocturna no socavara mi frágil mente, pondría fin al sueño y haría renacer la primavera en las tinieblas. Pero no tengo yo savia bastante para los capullos de las noches... Obligado demasiado a menudo a la estéril vigilia de la quietud, cara a cara conmigo mismo, me quedo atónito entre unos pensamientos que no surgen.

¿Qué podría inventar yo en el desierto de las ideas y en el cero mudo de los sentidos? Te gustaría entonces que bestias fantásticas mordieran entonces tu agotada carne, para que la sangre bullera y se convirtiera en tu alma.

Sin el veneno de las pasiones no vuelve el amanecer, estallido de nuestras heridas en las postrimerías de la noche. ¿Estás sangrando? Entonces es que acecha la aurora y el sol fermenta en ti.

Todo cuanto nace y está vivo tiene su origen en la agudización del sufrimiento en su lucha contra la luz. ¿El día? Salud de nuestros vicios.

Un *decadente* del alba...

CANSADO de saber tantas cosas y más aún de explicarlas, tienes envidia de Júpiter, que sustituyó las palabras por rayos.

¡Poner las voces en el papel y los misterios en las palabras? El espíritu quiere explicar el alma. Error vicioso que define al hombre; su *contenido*, la cultura.

La enfermedad de la interpretación, crimen contra la virtualidad y la música...

Mediante la palabra nos desembarazamos de las cargas que nos harían ser *más*. Los que no escriben, *existen* intactos, están infinitamente presentes.

El espíritu roe lo posible y lo que llamamos cultura es la negación de nuestros orígenes. Los no-seres del mundo se vuelven seres a través de la palabra, a costa *nuestra*. La expresión da vida sobre el cadáver de su creador. Nada de lo que has dicho sigue siendo tuyo. Y tampoco tú te perteneces ya.

Ninguna de las noches que he gozado es ya mía. Ni tampoco ningún amor.

VEO la carne que hay a mi alrededor. Veo la mía y la de los otros. Dulce y entumecedora carroña. Gracias a ella el espíritu sabe lo que es cálido y lo que es frío; gracias a ella los gusanos se encaraman a las ideas.

Las reflexiones más puras, empeñadas en el camino contrario de la inmortalidad, nunca nos proporcionarán la imagen de lo infinito percedero como si fuera un estremecimiento repentino de ella. Hay algo de sublime podredumbre en esa carne. Una vigorosa fugacidad accesible al texto. Absoluto moribundo revelado a las sensaciones. Placer en el llanto y llanto en el placer, ésees todo su secreto y toda su sustancia. La siento aquí, tan cerca, tan poco eterna, al alcance de los caprichos y la veo luego tendida en el camastro subterráneo, amoratada, verde, sueño romo, barniz de antigua existencia, riéndose burlona de las rebeldías de antaño, refugio difunto donde fermentaron los amores.

Ser: alternancia de frío y de calor. Y unas cuantas esperanzas de más. Pisotear mi cuerpo, aplastar las larvas de los gusanos que se agitan y se apelotonan bajo los pensamientos, y que llevan en su sangre invisible un no-ser gigantesco. ¡Oh, no! Con *ellos* seguiré adelante en esta tierra, en su tierra nativa.

“La enfermedad del deseo”, a la que se oponen las religiones, yo sabré como cuidarla. No seré yo quien ponga término a la angustia fatal ni a la altiva aflicción de la carne. Continuaré su trágico apostolado como una víctima resucitada. ¿Por qué tengo que elevar la mirada a los cielos cuando a mi lado, en mí mismo, en lo más íntimo de mí, forcejea tan encarnizadamente contra el abandono?

Un ¡ay! hecho materia, una exclamación que ha cobrado forma, eso es el cuerpo del hombre.

Y por ello sus articulaciones emiten un vago quejido que se transforma en voz desgarradora entre el crujido de los huesos y que luego muere en su doliente torpor. Tiene la frialdad de una lápida, se siente la petrificación; los deseos se han ocultado en su carroña, en su sangre estancada, y en sus arrebatos bullen como en un infierno de rayos luminosos. Su frialdad convierte en témpanos los latidos locos del amor, al igual que su calor eleva en amor el asco y su nada. Así, acabas por encariñarte con él por piedad, por palpar (cuerpo compadecido por el cuerpo) sus funciones percederas diciéndote: ¡qué nada es el cuerpo humano!

DESTINO *valaco*

No precisas de enfermedades que azoten tu espíritu ni de fatalidades que atormenten el sueño de tu mente. No dejes de fijarte en el pueblo predestinado al no-destino y, por más que hagas de tu alma el inventario del paraíso, no hallarás la fuerza para consolarte. Debajo de tu felicidad quedará una espina más cruel y más aguda que las garras de las arpías locas de los cuentos, una espina que te hará sangrar durante la dulzura del olvido y filtrará en tu sangre sin antepasados un líquido leproso e infinitamente premonitorio. Codo a codo con los que se dicen hombres, hombro con hombro con los espectros de ideales carcomidos, varado en medio de decepciones tendidas como ropa sucia, la vida se vuelve un arroyo de resignación, el devenir es una cósmica hediondez atenuada por lo ridículo. ¿Quién mató el futuro en un pueblo sin pasado?

Dondequiera que vayas te perseguirá su maldición, te atormentarán las vigiliadas, te torturarán por él, ya que, por más que odies a las Parcas que anularon tu destino un siglo tras otro, el universo no te consolará por haber nacido en el país de la desdicha. La desventura valaca que se siente en las venas es como la enfermedad de Pascal, se te sube hasta el cuello y eres automáticamente un Job. ¿Qué necesidad tienes de la lepra cuando tu destino te forjó lúcido y valaco? Un doble drama no tiene desenlace, ¡su acción es fúnebre desde el comienzo!

Si tan siquiera pudieras despreciar esa desgracia... Pero es demasiado grande. Quiebra tu ironía, mutila tu sonrisa, pulveriza la agilidad de tu inteligencia. Te gustaría ser benevolente. Pero ¿cómo? Te dices: “¡Mi país es un cementerio superficial!”. Y cuanto más suavizas lo irreparable, mayor es tu aflicción. Cualquier rumano es un forzado del tiempo.

Conoces a tus prójimos de Valaquia y su melosa mueca de cuatreritos pasados por los salones. Los fracasos continuados desde hace mil años han alumbrado unos granujas vanidosos de una sagacidad estéril y en el campesino, agobiado por sufrimientos sin cuento, una visión del mundo compuesta de barro y aguardiente, y cruces torcidas de madera que velan a muertos sin orgullo. Los camposantos rurales simbolizan el conjunto del país porque en ningún otro lugar del mundo la cizaña ha recubierto tanto el recuerdo de los que han existido con tan generosa demostración de olvido. ¿No habrá dejado Roma ni una gota de su sangre en la de este pueblo? ¿No habrá heredado, junto a algunas palabras latinas, una huella de orgullo, de elevación, de poderío? ¿No seremos ni siquiera dignos de sus esclavos? Nuestro tránsito por el mundo no puede despertar indulgencia ni siquiera a la escoria romana...

Me encuentro con mi país porque tengo necesidad de una desesperanza más, porque ansío incrementar mi desdicha. Soy rumano en virtud del fondo de autohumillación que hay en la condición humana. Nada de halagüeño tiene el pertenecer a este pueblo como no sea la aspiración a yacer en medio de dolores de los que no soy responsable y a estrangular mi orgullo en la irremediable evidencia de nuestro no-ser. Los otros hombres son o no son. ¡Pero ninguno es tan *poco* como nosotros! ¡Tan poquito! El diminutivo es nuestra divinidad. Incluso la muerte es de

segunda mano en la infinita pequeñez de nuestro terruño.

Únicamente nos encariñamos con nuestro país como fuente de desconsuelo. ¡Si por lo menos le ocurriera una catástrofe...! Incluso en el mal tenemos que ser benevolentes con él, concederle el honor de una catástrofe de la que no es capaz. ¡Aniquilación! ¡Trunca mi pensamiento!

¿Qué pájaro de mal agüero selló nuestros orígenes? ¿Qué sello estampó el emblema de la falta de destino como vergüenza inicial? Jamás un cráneo valaco ciño una corona de grandeza. Con la cabeza gacha, pasean su destino servil los presuntos descendientes del más altanero de los pueblos. Esclavos del libertinaje, no saben que las criaturas alcanzan su razón de ser humillando al sol con el relámpago de su pasión y el delirio de su suprema arrogancia. La servidumbre es la charca donde flota la cobardía balcánica, el cieno voluptuoso de un rincón de Europa que yace en medio de goces desprovistos de la excusa de la nobleza o el vicio.

¿Por qué la Providencia nos habrá arrancado de la inmensa naturaleza para reírse de nosotros haciéndonos doblar el espinazo de puro inútiles?

Cuando los voivodas fundaron los principados rumanos, cantó una lechuza...

... cuyo eco de nefasto agüero oigo en las orillas del Sena, eco adverso, como si desde el corazón de tantas glorias quisiera medir un destino difunto.

ME he despedido muchas veces de la vida. Me decía en lo más hondo de mi corazón: “La existencia está sellada. ¿Qué más andas buscando en ella? No hay sitio para ti: sepárate de todo, pon una cruz sobre lo que has sido y otra mayor sobre lo que habrías podido ser, arrastra tu cuerpo por la tierra, rásgate las vestiduras y haz trizas tus antiguas creencias, arráncate el pelo del cráneo asesino de esperanzas y, con brazos crueles que desaten las articulaciones, suprime la memoria del azar que fuiste”.

... Pero cuando iba a pasar a la acción, el corazón me respondió: “Tú quieres a tu carroña por encima de todo. Y cuando pises tu último deseo, cuando ni en el tiempo ni en la eternidad encuentres un instante para respirar, abandonado de todos y por ti mismo, mis latidos te provocarán un anhelo de ser aunque ya no lo quieras. Tu sangre, en la que abrevaron tus pensamientos y otros diablos, cuando estás más ajeno de ti mismo, irrumpe en mi interior yermo y, de invernadero de tu desesperanza, me transformo en jardín de primaveras. ¡Y cuántas veces no habré sido tu última primavera!”

Quise someter mi pensamiento, vagamente sostenido por mi cuerpo, a los desgarros. Y cuando ningún obstáculo venía a calmar la culpable inclinación, desde las profundidades surgía una voz, una voz ansiosa de existencia. Asesino de tu ilusión, santo de la nada, la proximidad del acto fatal te transforma al instante en un servidor de los azares del mundo, en paje de tu propio azar.

Vagabundo por calles mancilladas por mis semejantes, por unos semejantes a los que persigues para ahuyentarlos, llevando a cuestras el cansancio de las ciudades y la locura de los bulevares del tiempo, regresas a casa y, en tu habitación solitaria y en tu lecho aún más solitario, el polvo de tus pensamientos gime: “no puedo más, no puedo más”. Sábanas que huelen a mortaja y espíritu blanqueado por la lividez final. Y cuando todo parece romperse en ti, el temblor de la pura existencia te vuelve a traer *más acá* de ti mismo, a los mundos inmediatos del error, de la naturaleza.

SI no hubieses escuchado en tu primera juventud los desafinados pianos provincianos, con las escalas mutiladas que te hacían suspirar durante esas interminables primeras horas de la tarde; si más tarde no te hubieses pasado noches seguidas en vela contando los instantes con una aritmética de lo incurable; si no hubieses buscado refugio a tu tormento en los astros, en las lágrimas, en unos ojos abandonados de doncella y no hubieses desertado de todas las cunas de la vida, ¿conocerías hoy el vacío, el del mundo y el tuyo?

El enrarecimiento de la vida lo transforma todo en irreal. Pongo la mano sobre algo y se me escapa, al igual que yo escapo de mí mismo. Incluso el fermento, suprema realidad, no es sino un sueño más concentrado.

A esa extraña, a esa mujer que está junto a ti, que se te queja de lo duro que le resulta seguir adelante y te pide remedios contra la tentación negativa le respondes:

—Mira lo irreal por todas partes. Así te olvidarás de lo positivo aparente del sufrimiento.

Y ella:

—Pero, ¿hasta cuándo?

—Hasta que pierdas la razón.

CUANTO más constituye el hombre una existencia distinta, tanto más vulnerable se vuelve. Lo que no es puede herirlo; una nada es ocasión de perturbación, mientras que, en un escalón vecino, el animal necesita emociones fuertes y circunstancias decisivas para estar presente. ¿Te has vuelto tú mismo, sin límites en tu delimitación? ¿Quién te sacará entonces las flechas envenenadas que te disparó el tiempo? Te envenenaste siempre que inundaste el cauce destinado a la respiración de eterno mortal. Todo te alcanza, cuando tu pensamiento toca los mundos prohibidos a los pulmones destinados al tiempo.

Las reflexiones no tienen necesidad de oxígeno, por eso las expiamos tan cruelmente. La vecindad de la eternidad determina la vulnerabilidad como fenómeno específico del hombre y la Inutilidad, el encanto de su ser.

Cuanto más aprendo a deleitarme en una ausencia de razones de ser o a actuar sin ninguna utilidad como no sea hacer más llevadero el tedio, más hombre soy. Labrador en el Sahara, ésa es su dignidad. Un animal que puede sufrir por *lo que no es*, he ahí al hombre.

¿TENGO que dar gracias a la razón porque todavía soy y me abro camino en los asuntos del mundo? Tal vez a ella también. Pero en última instancia ¿A los hombres? ¿A las apariencias? Ni unos ni otra han estado *presentes* cuando ya no era. Siempre me ayudaron *después*.

Pero cuando los desarraigos del mundo penetraban en el Barrio Latino y tú ibas con tu exilio a cuestas entre tantos Ahasverus, ¿de dónde sacabas las fuerzas para soportar las malditas servidumbres del corazón y el zumbido de la soledad en medio de la niebla soñadora de los bulevares? ¿Ha habido en el bulevar Saint-Michel algún extranjero más extranjero que tú y al que cualquier puta o algún pedigüeño le haya aspirado con más fruición su perfume barato?

Justamente como los forasteros hispanos, africanos o asiáticos en la Roma decadente saboreaban el ocaso de la cultura entre la confusión de los sistemas y de las religiones y, carentes de ideales, se refocilaban con las dudas de la Urbe, así deambulas tú, desengañado, durante el crepúsculo de la Ciudad de la Luz. Nadie tiene raíces. Los ojos de los transeúntes están cansados y en ellos se apagan los paisajes natales. Ya no pertenece ninguno a ningún país ni tampoco los guía fe alguna hacia el futuro. Todos degustan un presente que no sabe a nada. Los indígenas, secos, sin fuerzas, todavía tienen *reflejos* sólo en la duda. El Siglo de las Luces tenía *espíritu* en el escepticismo; en el final de la civilización, el escepticismo es vegetativo. A la vida sin horizontes solamente le quedan la revelación de la sensación y tropismos de la lucidez. Se han consumido los instintos. Los descendientes de los escépticos refinados no pueden creer *fisiológicamente* en nada. Un pueblo moribundo no es capaz sino del éxtasis negativo de la inteligencia ante la nada universal.

En las calles respiras el aire de vacío del ocaso y te inventas auroras como si no quisieras reconocer que tú también participas del ocaso de la Ciudad. Y entonces te elevas, por un acto de voluntad, por encima de ella. Y quieres salvarte. ¿Quién o qué podrá ayudarte en la Ciudad?

Nada, no me ha ayudado nada. Y si no hubiese tenido a mi alcance el *largo del Concierto para dos violines* de Bach, ¿cuántas veces no habría terminado? A él le debo el ser todavía. En la dolorosa e inmensa gravedad que me balanceaba fuera del mundo, del cielo, de los sentidos, de los pensamientos, todos los consuelo bajaban hacia mí y, como por encanto, volvía a ser, ebrio de agradecimiento. ¿A qué? A todo y a nada. Porque en ese *largo* hay una ternura por la nada, allí el estremecimiento alcanza su perfección dentro de la perfección de la nada.

Ningún libro me sostenía en el barrio de la enseñanza, ninguna creencia me mantenía, ningún recuerdo me fortalecía. YU cuando las casas se perdían entre azuladas brumas, cuando septentrional y desierto, el Luxemburgo en pleno invierno nadaba en la escarcha y la humedad enmohecía los huesos y los pensamientos, lejos del presente, me quedaba embobado en mitad de la ciudad. Entonces me abalanzaba angustiado hacia la fuente de los consuelo y desaparecía y resucitaba en brazos de sonoras ausencias.

Después de haber saboreado con desilusión el veneno de la religión, la compañía de la música

te cura de la decepción. Sus vibraciones no están ligadas a objetos, a seres, a esencias o apariencias sino que, en pleno temblor, ya no dependes de nadie. En su amplísimo espacio, la tierra y el cielo no pueden jugar a extraviarse, son demasiado pequeños y no tienen la levedad de los copos de nieve para flotar sobre él. El sonido, mentira cósmica sustituta de lo infinito, permite cualquier grandeza y “o Dios o me mato” es un *lugar común* de la música.

NO voy a dejar en paz al cielo. No necesito nubes decorosas ni el azul estúpido, ni la poesía barata de los ocasos almibarados. Alturas negras y tempestuosas, nubes de pez que en su caminar contaminen de noche los días insípidos, ¡de ellas colgaré mi acerbo tormento bajo un sol incoloro!

No quiero andar a tientas por mundos anodinos, escardando la cizaña venenosa de los sueños y los juncos funestos de sus marjales. Que en la sangre negra crezca una vegetación desprovista de luz, estoy harto de reflejar mansas estrellas y de cubrir con un efímero barniz el lodo de mi triste existencia. Pondré semillas en el veneno y haré que los astros soñadores se despierten a la muerte.

No sé qué homicidios han germinado en mi savia ni hasta dónde se han encaramado las plantas trepadoras del espíritu, las maldiciones. No lo voy a adobar con sabiduría sino que le echaré aromas cáusticos para que no se apague su llama envenenada que alimenta la existencia.

Y tú, alma mía, mi pequeña alma, no te librarás de la suerte que aguarda al cielo. Tampoco te cubrirás de moho en el mortal reposo al que te predestinaron unos esmirriados ancestros. Templaré la implacable espada de alegre filo y te depositaré en su ensangrentada cuna para que no halles jamás descanso. Tú quieres dormir, fermento miserable de sueños ancestrales, tú quieres dormir como el frágil azul del que te habrás desgajado como todas las almas bajo el sol, aquejadas de mansedumbre y docilidad. Pero yo vigilo entre el cielo y la tierra y estaré al acecho cuando tu cansancio llegue hasta el Altísimo, y entonces te quebraré las alas con un látigo de fuego y caerás, como un Ícaro insensato, en los mares de mi atormentado yo.

¿Hasta cuándo soportaré tu nostalgia de cobardes regiones transparentes y me inclinaré ante la ley que te guía hacia los astros apacibles? Mientas, yo me quedo solo conmigo mismo, anhelándote desde aquí abajo, y tú, lagarto de las alturas, pululando por la serenidad de un cielo descolorido.

Te acostaré sobre un lecho de púas, el lecho del corazón. Te encadenaré a él con heridas. ¿Cómo podría seguir dando tumbos por el mundo mientras tú vas errante por otros mundos y desde allí sonrías a mis lánguidos anhelos? ¡Aquí, en medio de la agitación y los pesares, aquí te voy a aprisionar, fugitiva y traidora del tormento! ¡A tajos y mandobles acabaré con tu celo, celosa del cielo! ¡Y si no me abandonas, habrás hecho de mí un asesino!

¡LLAMA, posibilidad visible de no ser! En tu juego de ser y no ser, en tu aniquilación vertical, he descifrado mi sentido antes que con todas las doctrinas arrojadas con leyes e ideas. Pareces eterna y te elevas insuflada de tu propio ardor, muerte soleada que roba los signos de la vida. ¿Hacia dónde se lanza tu súbito no-ser? ¿Hacia qué ser?

¿Por qué tu devorador latido no reaviva las brasas que hay bajo mis cenizas? En ti creería, en la quimera de tu resplandor, ¡y cómo me apagaría luego contigo en medio de tu crepitar que es como una ilusión de eternidad!

Al igual que tus llamaradas que se elevan para disfrazar la caída desde la base, de los crecimientos, revoloteo yo en el mundo, lejos de la fosa, para estar, gracias a la altura, más cerca de ella. La inutilidad es el tesoro de tu entusiasmo. Tú no te agarras a nadie ni a nada y parece que acaricias con delicadeza el silencio del espacio, pero tu aliento, sensible al oído de la nada, es la mismísima voz del no-ser. La del ser que quiere ser y no puede. Voz de la no-duración, tú nos revelas que en el fervor de un segundo reside un misterio que hace que una cosa sea. Nosotros decimos que *es* cuando por medio de la fe y las ilusiones la prolongamos más allá del fuego instantáneo, más allá del instante irradiante.

¿...A quién me asiría en el seno de lo Inconcreto atravesado por las llamas, si yo mismo soy una llama más perecedera que todas las otras? Pero no obstante, si el mundo es una noche, agrandada por las sombras de la luz, al *arder* uno es, en cualquier caso, más que al cubrirse la cabeza con las ascuas de la quietud y las cenizas de la piedad. Dios es tan mentira como la vida y, quizá, como la muerte...

Vosotros sois lo que me ha quedado, fuegos del corazón y apariencias perfumadas de vanidad, en el mundo en que la llama me ha enseñado que ¡todo es vano, salvo la vanidad!

DE repente, una bruja agita las aguas de tu alma. Se te vela la voz, se te dispersa la vista y tus greñas se cuelgan de invisibles partículas de terror diseminadas en el aire. Las heces de la luz se encienden y se apagan. ¿Quién ha prendido fuego a los sentidos, quién ha dado un resplandor de muerte al escalofrío tempestuoso y sensual que hiende la molicie de la carne, como en las antiguas leyendas que hablan de sangre en copas envenenadas?

Pasabas primaveral entre los hombres y de pronto surge el relámpago que te deja las tripas colgando bajo un cielo sereno: así tiene que ser antes de la matanza. Te bañas en un veneno luminoso y te estremeces, roído por una desaparición, dulce en su festiva amargura.

¿Qué cizaña ha florecido en tu corazón para que vayas por los rastros del ser con una condena voluptuosa, revestido de la púrpura resplandeciente de la culpa? ¿Y de dónde te viene tanta felicidad cuando llevas una carga tan pesada sobre ti? Espectros venidos del futuro están atravesando el tiempo.

Temeroso de tus propios temores, tú vas a la tuya entre los demás. Buscas diversión, vino y baile y el mundo donde se va a tientas. Y cuando ves girar a los demás, disfrazando su vacío con el gesto y el tedio con el movimiento, fingiendo olvidar la liviandad de los medios con los que salvan la sima que les separa de los que respiran, te dices sin querer: “Sólo los que se suicidan no mienten”. Ya que sólo muriendo no miente el mortal. Y luego te vas. Y ellos siguen danzando, con la viveza que les da la sombra de realidad que les proporciona un instante de frescor cuando se entregan a su preciosa mentira. ¿Para qué habrían de despertarse? ¿Para que nada sea? Con los ojos abiertos, la existencia se evapora. Los hombres los cierran para conservarla. ¿Y quién les negaría la razón? Asqueado de una existencia descolorida por una visión clara, ¿cómo no ibas a desear tener unos párpados eternamente cerrados ante la mentira de una fresca realidad?

No quiero seguir siendo un vampiro de la cicuta ni de la fuerza de mis instantes cosechar malas hierbas. En mi alma se cubren de herrumbre crímenes de pensamiento y carroñas que besaron el cielo. ¿Sobreviviría el que vomitara sus cementerios internos a su invisible profundidad? Nos aceptamos porque hemos puesto una losa sepulcral sobre nuestra podredumbre, clavos a las puertas del corazón y hemos dejado que florezcan sus tierras baldías. El paisaje del infierno interior pondría en manos de la repulsión dagas que se volverían contra nosotros. Ahí, el arcángel es un hermano, los lagartos se enroscan en los senos, la sonrisa de la virgen rezuma pus y la sombra de una flor no es más pura que la blasfemia de una puta sub lunar.

¡Brujas invisibles, no me sublevéis la sangre con vuestros maléficis jugos que flotan por los aires! ¡Romped el maleficio que me hace ser transparente a mí mismo! ¿Es que me hundís en la ciénaga de los arcanos? Quitad el veneno del espacio, yo no puedo absorberlo indefinidamente. ¿O es que queréis bañaros en el infierno de la criatura y transformar el universo cándido en el gargajo de una puta?

LA materia querría dormir. Déjala en paz. Déjala que se sumerja y que se ahogue en sí misma. Ya has arado demasiado en ti mismo. ¿Qué granos podrán germinar todavía en eriales asolados por el soplo de la aridez? La muerte ha envuelto sus sueños con lienzos embalsamados. Momia donde gimen pasiones, ¿cuándo se romperán los vendajes que mantienen eternamente tu decrepitud? El sueño, con cruel suavidad, como pasos de moribundos, derriba la muralla del yo y lo devuelve lentamente al hechizo de la ausencia primordial. El titubeo de la materia te sumerge poco a poco en la región donde el ser permanece inseparable de su enemigo. Y la muerte cae sobre ti.

He prendido cirios pero no han alumbrado mi vida. El espíritu envolvía con su enlutado velo los islotes de la esperanza y yo suspiraba en el catafalco del mundo.

Me aparté del sendero de mis semejantes porque hay veces que destrozaría a hachazos incluso los encantos de Cleopatra. Sobre senos de mujeres he soñado con conventos españoles y sus cuerpos vírgenes de pensamientos se alzan como pirámides bajo las cuales contaba yo leyendas faraónicas. A sus abrazos aéreos y bestiales, a su delirio ansioso, ¿qué sentido les iba a encontrar si ninguno me dejaba en el lugar de donde partí? Nos ponen en el vacío. Sin el falso absoluto del sexo débil no me habría rebajado a buscar el cielo.

Visiones subterráneas acechan mi frente, en cráneos huecos apoya ésta su horror y el corazón se ajusta a mi cuerpo como un anillo en el dedo de un esqueleto. Y huyo portando una antorcha, cual corredor por olímpicos infiernos, en busca de mi muerte.

LAS naciones sin orgullo ni viven ni mueren. Su existencia es insulsa e inútil pues únicamente gastan la nada de su humildad. Sólo las pasiones podrían sacarlas de su monótono destino. Pero carecen de ellas.

Cuando vuelvo los ojos a las actualidades del pasado, lo único que me parece apasionante de cuanto ha sido son las épocas de orgullo monstruoso, de provocación gigantesca, de desidia triunfal, en que el espíritu ahído de poder aplacaba sus ansias buscando otros poderes mayores. ¿Se imagina alguien lo que ocurría en la conciencia de un senador romano? Las ansias irrefrenables de poder y riquezas llevaron a un pueblo al agotamiento de manera vertiginosa. Pero pese a haber vivido tan poco, rebasó con su vigor la eternidad de los pueblos anónimos. El ansia de dinero, de lujo, de vicio, eso es la civilización. Un pueblo sencillo y probo no se diferencia de las plantas. Al violar la naturaleza se va más allá de sus leyes naturales y uno existe efectivamente cuando se viene abajo. Todo lo que tiene su origen en el orgullo es de breve duración pero la intensidad infinita redime la brevedad temporal.

Para el senado romano, Roma era más que el mundo. Por eso lo dominó, lo humilló, lo venció. Un pueblo, y sobre todo un individuo, no crea más que rechazando lo que él no es, sólo por incomprensión a sí mismo.

Comprender a los otros significa convertirse en gelatina prudente y obediente. Pero ya no vuelve a engendrarse nada más. La comprensión es la tumba del individuo y de la colectividad, que no se *mueve* si no es con los ojos vendados, con los sentidos en plena ebullición.

Los romanos vivían *absolutamente* de acuerdo con sus leyes; éstas no se asemejaban con otras ya que otras no *podían* existir. No podía haber otra clase de humanidad que no fuera la suya propia. La república o el cesarismo, dos formas del mismo orgullo, dos maneras de mandar: en la primera se sitúa al universo *jurídicamente*, con el segundo, *subjetivamente*. La ley y el capricho decidían, en idéntica medida, la suerte de los demás. La distancia entre un campesino romano y un senador romano es la misma que va de la naturaleza al hombre.

La decadencia del imperio empezó cuando los individuos, cansados, carecían de brío bastante para reemplazar al universo, cuando éste se convirtió en una *realidad* y los romanos en algo *exterior* a sí mismos. La decadencia es un producto de la comprensión, del exceso de perspectiva. Haber dejado de tener la loca tendencia infinitamente estrecha e infinitamente creadora, de ser uno mismo. Si *existe* el mundo, tú ya no *eres*. Las religiones orientales penetraron en Roma porque la Urbe ya no se bastaba a sí misma. El cristianismo, el credo menos *elegante* de cuantos han existido, sólo fue posible por aversión al lujo, a la moda, a los perfumes y a las aberraciones selectas. Si Roma no hubiese vivido tan intensamente y no se hubiese gastado con tanta rapidez, la ruina de su altiva grandeza se hubiese retrasado y la ley cristiana se habría quedado en el mero privilegio nada halagüeño de una secta. De esta manera, habríamos tenido la suerte de conocer otra fe más sensual, más poética, de artística crueldad y consoladora en la vanidad.

Que Roma cayera tan bajo, que renegase con tanta fuerza al aceptar el virus oriental, ¡qué prueba, por la negación, de su antigua grandeza! Y es que Roma no fracasó, se derrumbó. Sólo las civilizaciones que tienen poco orgullo se apagan lentamente. Las que el destino dota de un vigor genial son, en su propia esencia, *enfermedades de la naturaleza* y vuelan hacia su propio fin. El cristianismo puso alas a la sed de agonía de los romanos. *Estéticamente*, todavía puede interesarnos.

Cuando el gusanillo de la conciencia remueva tus instintos, aprende de los romanos de los tiempos de la decadencia imperial lo que significa ser un *luchador decadente*. ¡Forcejear sin esperanzas, amar la gloria borracho, ser un hipócrita en la ingenuidad! Es el único heroísmo compatible con el espíritu, la única forma de *ser* sin engañar a la inteligencia. Que tu sangre arda y que tu vista vea. Y tú sabes lo que ella ve...

... A menudo me he imaginado pasando mohíno y soñador por el foro y los templos, mirando los bustos sin ojos de las deidades irónicas. Los cristianos todavía no habían llegado y los corazones hueros de los ciudadanos ya no temblaban ante los caprichos divinos. Lo absoluto se había fundido con el arte. Y, libre como ellos, libre de mí mismo y de credos, florecía en el tedio y me fundía con el hastío de los dioses desheredados. El destino me colocaba fuera del tiempo. Ciudadano del mundo, ciudadano de la nada. Las losas respondían a los pasos, faltos de ardor, con ecos sofocados y el espacio se volvía muy grande, la Urbe ya no tenía murallas, las casas oscilaban. ¿Qué hacía yo con tantas extensiones, por qué tanto imperio en un corazón que no latía hacia el futuro sino con las ilusiones de la ciudad? Sin raíces, en la tierra, en el desierto de la tierra, los ojos se me quedaban clavados en las órbitas ciegas de los dioses, para sorber de ellas el otro desierto.

EN ti germinan brotes de lepra. En tu carne abrasada por el insomnio hierven vapores fétidos que extraen a los capullos la savia de su delicado crecimiento y la transforman en espuma que ríe con sorna. Apoya tu sien en la mujer rancia y suspira por los paraísos de la muerte, ahoga tus estremecimientos sin nombre en rosas podridas, esparcidas por las extenuaciones del cuerpo.

¿No ves que la muerte te está tendiendo esplendorosamente sus acogedores brazos para acabar con tus penalidades sin rumbo? La vida es un subterfugio de la locura y el que cae en sus redes marcha por un camino abierto por su propia sangre.

Quise vivir y he vivido, aunque presentí que no tenía forzosamente que ser. ¿Cómo vivir en los instantes si el nacimiento me condenó a ser verdugo del tiempo?

Amé y he amado. Pero los amores nacieron muriéndose, relámpagos enmohecidos, éxtasis en tripas purulentas, sensaciones de cálida sierpe.

Tú, Señor, deja a mi cabecera las señales de la muerte. Ni quiero engañarte a ti ni tampoco a mí. Mírame, aquí estoy. ¿Has tenido un hijo más apacible en la maldad? ¿Tengo que dejarme caer en las garras del olvido con tus hijas? Que reverdezca lo infinito sobre mis años finitos. Pues los instantes que me has dado son bubones negros cuyo fruto ensombrece el mundo de la Creación y la esperanza de la criatura. A través de ellos te veo, a través de su ojo sombrío. ¿Y tú me pides que te ame? Voy a reemplazar tus astros con las llagas del alma. ¿Por qué no sembraríamos lepra en el cielo para dar otro aspecto a la ignorante bóveda celeste? Me gustaría que cayese una lluvia de veneno desde el firmamento pues mi corazón suspira por enfermedades de estrellas. ¡Astros incurables, romped vuestra rutina, machacad vuestro mal en la leprosería de mis sentidos, vaciaos de cielo en el averno del individuo terrenal! ¿O es que a vosotros nunca os ha puesto a prueba la misteriosa necesidad de la desgracia?

LOS tontos edifican el mundo y los listos lo derriban. Para remendar los jirones de la realidad y organizar naderías no hay que tener la sospecha culpable del espíritu y que tus mejillas sonrían como las manzanas antes de la tentación. Desde que te despiertas, te enriqueces a costa de la naturaleza. Ésta se empequeñece porque ya no tienes nada que arreglar, preso como estás en las redes de la descomposición clarividente de la mente. La naturaleza, desde siempre, es un pobre diablo. Sólo podemos ayudarla *con la ignorancia*. A su indigencia inicial, la ignorancia le suma los retazos de ilusiones que tapan los agujeros que hay acá y acullá. La existencia es el fruto de las inagotables buenas voluntades de la ignorancia.

Cuando nos percatamos del *Es*, nadie sufre más que él. Lo despertamos, lo llamamos a su nada. El ser sufre porque despierta de sí mismo. No toleramos seguir siendo sus cómplices, condición imprescindible de la respiración.

¿La estupidez? Ser *compinche* del mundo.

... Y a nosotros, errantes por la inmensidad del ninguna-parte, sólo nos queda postrarnos ante el ara de una imponente Nada. Muertos, no podemos ser. Nuestra razón ha tamizado la vida. Esta pasó y nos dejó la Pasión. Un *todo* sin *es*. Por eso estamos vivos y nos reímos de las creencias; somos luchadores y sobrevolamos por todas las cosas; malos e indeciblemente comprensivos, y seguimos quemándonos cuando todas las llamas se han apagado. En la inmediatez de una nada carnal descubrimos el sentido del pulso. Pues la razón no nos permite vivir sino mientras dure la magia de una nada sangrienta.

... ¡Ojalá pudiésemos repantigarnos al sol de la estupidez! ¡Qué cálida realidad irradiaríamos en un universo ficticio! Porque la dulce y mansa estupidez es un manantial del ser que se alimenta de las fuentes del Creador. El mundo es vástago de la ignorancia.

COMO una fiera perdida entre los encantos de la naturaleza, no hallas la paz en ninguna parte. La sima que hay entre el alma y los sentidos hace del destino sinónimo de condena. Todos los apetitos te torturan. En la nada absoluta el ojo crearía praderas, el oído sonidos, el olfato aromas y el tacto placeres, ya que los deseos urden un universo desmentido incesantemente por la razón. El alma dice: “Nada”, los sentidos: “Goce”.

Los dolores y hacen que tus apetitos se emborrachen de mundo. En vano tu pensamiento rechaza sus construcciones; la pasión las sigue empujando. El deseo segrega el mundo y la razón, con vana obstinación, tiende un toldo de irrealidad sobre la urdimbre de existencia de los sentidos.

¿No sientes que cuando te sumerges implacablemente en la nada, la nada es, que respira tiembla y se arremolina? La maldición del ser no es más débil que la del no-ser. ¿Cuál sería tu paz si te dejaras llevar dócilmente por una o te malquistaras con la otra? Pero tanto en el alma como en los sentidos se enfrentan fuerzas igualmente grandes. No encontrarás puertos donde fondear en tu errante travesía. ¡Tú lo que quieres es morir! ¿Pero alguna vez hubo más inmortalidad en el deseo de morir y más eternidad en el ansia por el fin?

También yo seré carroña, como todos vosotros, compañeros de frivolidad, pero ninguna losa sepulcral aplastará un corazón que no ha muerto devorado por las llamas. Los miembros, desprovistos del sortilegio de la vida, descansarán en la morada eterna; pero ninguna huesa será mazmorra para un alma, signo de la admiración que unía una tierra y un cielo.

Cárcel de la altivez es la muerte, pero ésta es impotente cuando el fuego funde sus cerrojos. Los estremecimientos del hombre sacarán de sus goznes las puertas que se cierran sobre los instantes de la vida.

El que no siente en sí mismo unas fuerzas hurgando en los corazones adormecidos por los cementerios del tiempo, el que no siente que él es la escalera por la que bajan ángeles malditos o por la que suben las angustias de los réprobos a comulgar con la paz del desierto celeste, ése, antes de abandonar las entrañas maternas, comulgó como esclavo de la muerte.

Sé como una flor en cuyo tallo languideciera un relámpago cansado. Que se te pongan los dientes largos al escuchar melodías negras y cuida en tus tinieblas inocentes las convalecencias del diablo.

Usa la música para derribar el honor y la obstinación del Astro, acércalo a las ruindades del alma, transforma su calor en perdición, para que, volviendo sus rayos hacia sí mismo, descubra que es más mendaz que el corazón.

LAS mortales únicamente tienen dos brazos. Y confían apresarte con ellos. Y te susurran palabras que valen para un corazoncito cualquiera, te envuelven con caricias ocasionales y tú, yaces febril y lúcido, como una astilla desprendida del alma del mundo. Ellas saben mejor que nosotros que las mentiras del amor son el único barniz de existencia en la infinita irrealidad. La naturaleza les proporcionó los medios para chantajear a la existencia y abusan de ello desmesuradamente. Nosotros caemos en la trampa y manchamos un infinito del que no hemos sido dignos.

El mundo llora en ti la ruptura de eternidad y las mujeres que lo pisan te vuelven loco. ¿Cómo conciliar un conflicto tan doloroso? Odias el devenir y lo amas. La eternidad, como el tiempo, es sucesivamente pecado y liberación. En la proximidad de la carne sueñas con los fundamentos del mundo y, a su sombra, con la cercanía de la embriaguez perecedera.

No puedes rodearte de una valla y encerrarte dentro. ¿Qué estacas ibas a poner a tu alrededor si brisas sonoras te traspasan más allá del borde de la empalizada de la muerte?

Carcomido por las resistencias del destino y por las fracturas del espíritu, te cubres con la melodía de la limitación. Ya no tienes escapatoria. Estás amenazado por todos los finales y morirás de todas las muertes.

¿Hay algún sendero donde no te hayan herido? Tu corazón late en un tiempo enfermo. Te reconoces en los instantes y ellos te reconocen a ti. El devenir es una infinitud de espinas. Los manantiales de la vida están llenos de inmundicias y los pozos del alma de aguas negras. ¿Cómo construirías allí un hospicio del cerebro? El espíritu y el tiempo hieden. Huérfano de la naturaleza y de ti mismo, la locura es un techo más seguro que la muerte en un mundo que no encuentra refugio en la razón.

Amar apasionadamente la vida, y luego deambular implorándole compasión a ti mismo por la ausencia ilimitada nacida de tu vacío, infame jardinero de la nada, sembrador de violetas y de pus...

El hombre es un sembrador de sinsentidos en el que la cizaña es tan fecunda y brillante como las mieses. Y en medio de los sinsentidos se yergue el mayor: un santo sensual.

LA muerte gotea sobre mi cabeza. Gota a gota. Y en el espacio sin orillas no tengo dónde ocultarme. No tengo adónde ir. Se desgaja del firmamento, en nubes de no-ser se acerca con paso arrogante socavando la confianza vertical e inútil.

¿Cavaré mi tumba en las inmensidades espaciales? Ése es su papel. ¿Por qué habría yo de tomarle la delantera? Ella ya me la cavó en el alma. Y hace mucho que yazgo en su interior. Y la vigilo, con los gusanos que en ella pululan.

La materia por donde camino es una mortaja. Se me enrolla en los pies y, al querer abarcar con mis manos las bóvedas de la indolencia seráfica, me tambaleo y no puedo echar a volar. Mis senderos sólo son cuesta abajo. Los tobillos se me han podrido en las heces de la eternidad, y el tiempo que sopla aún en mi ha pasado a través de cementerios y los difuntos respiran en los instantes de los que alardeo.

ME atormento bajo el firmamento. El alma reduce el cielo a alma. Adondequiera que mire, me veo a mí mismo.

El miedo es un puente entre anhelo y ser. ¿Qué equilibrio voy a encontrar en él? El presente se ha desgajado del tiempo y éste vomita instantes como un enfermo el contenido de sus entrañas. Ahora, ahora, todo lo que es ahora es un mal; lo que fue y lo que será, un remedio imaginario para una dolencia agotadora.

Te tapas con la maldición. El sol alumbra un asilo nocturno para pordioseros altivos. Confía tu arrogancia al eterno Nunca, apaga tu sed con la sangre que te mantiene todavía entre las filas de los que se llaman seres. Haz de tu corazón el cáliz del último sorbo, antes de que el espacio transformado en gumía te sonría lleno de conquistas.

Rompe las cadenas de tu furor; no sigas ladrándole a Dios. ¿No te gustaría hacerle otra aureola con tu hiel, excitar su soberbia con éxtasis venenosos? Más vale que lo abandones a su suerte. El lleva en sí mismo el fermento de la perdición, igual que tú. Está más podrido que nadie. ¿No son acaso los astros las luciérnagas de su descomposición?

Como un gusano, sin carroña, sin ocupación, que salmodia al revés su sed de muerte, así te arrastrarás a través de horizontes sin horizonte. Solo. Más solo que el gargajo de un diablo.

Maldito por todos, cava tu huesa en la maledicencia, hazte el ataúd de tus lágrimas y la almohada de la locura.

¡Ojalá encontraras palabras para componer una oración que llevara el temblor y la furia a los huesos de los muertos e hiciera crujir los dientes con la cadencia de la eternidad subterránea! Pero no los encuentras ni los encontrarás. Un veneno mudo se extiende por los sufrimientos de la voz. Solamente el corazón toca a ánimas en los funerales de la mente.

DÍAS interminables, ¿cómo perderos? No puedo seguir soportando la tristeza de vuestra felicidad. Partir hacia otros días, hacia otras bóvedas, menos aún. ¡Cielo de París, bajo tu azul quisiera morir! Conozco tu perdición: no tengo ya ninguna voluntad.

He tenido muchas cosas y los años que anduve errabundo bajo tu lánguida protección me apartaron de lo que debería ser. Mi futuro se apaga en ojos que te han absorbido lejos del tiempo.

No te he humillado por soñar con otras patrias ni me rebajé a buscar el éxtasis en las raíces o en las nostalgias de la sangre. En sus gorgoteos enmudecieron pueblos encorvados sobre el arado y ningún gemido de gañan perturba la melodía de tus nubes que flotan danzando el minueto de la duda. En tu falta de patria he reflejado la soberbia de mis vagabundeos y la desesperanza, himno contra el tiempo, se reviste de un halo sangriento.

La vida es una inmortal melancolía. Así me lo parece el último susurro de tu enseñanza. ¿Has encontrado algún discípulo más fiel que yo? Aunque los hados decretaron mi extinción por otros pagos, me apagaré yo bajo tu bóveda.

Mi mirada se estremecerá por última vez mirándote a ti. Y tú me responderás, oriflama de ocasos, soplando mi fin.

COMO superviviente de una mortífera epidemia que te hubiese dejado sin amores y sin amigos, pasas por las horas y las soleas con tu pestífera elegancia.

Y como un órgano que sonara él solo entre las ruinas de una catedral, así resuenan los acordes de tu corazón en un universo vacío.

Lo infinito no tiene semejantes; él se extiende sobre la ausencia de éstos. El suspiro cósmico olvida la infinitud engañosa de los senos sobre los que se cuaja el vago suspiro de la insatisfacción. Cuando el mundo se apaga, el amor se apaga también y con él las criadas del mundo.

Temblores de desastre atraviesan fenecidos amores y de labios que sorbían el soplo de la vida gotea una miel tamizada por la hiel.

... ¿Por qué no he sumergido mi frente en la molicie de la carne y por qué no he revolcado mis pensamientos en el sudor dulce de la materia? ¿Haber tapado por siempre jamás el sueño sin patria en las mansiones mundanas del ser hechizado por el tiempo! He suspirado por la eternidad cuando la mujer estaba *aquí*. ¡Pobre infinito en los dos! La soberbia mata los encantos efímeros.

Sobre esos puentes donde el anhelo aguarda a las compañeras de la mentira suprema, no veo ya sino las riberas de la irrealidad entre las que he montado una tienda tejida de voces inútiles, hasta que unas aguas compasivas se encrespen y tengan a bien arramblar con mi melodía y su inmenso sinsentido.

HE derrochado mi alma para nada. ¿Cuál de mis semejantes habrá sido digno de sus llamas? De ahora en adelante, esparciré cenizas por las primaveras ajenas. Y yo mismo me enterraré bajo las del corazón y del amor.

Sensaciones e ideas; eso es todo lo que me ha quedado. Porque me he quedado fuera del yo. Que ningún sentimiento adorne ya el desierto de los seres que nos rodean, que mueran los astros que soñábamos ver en sus ojos, que se extinga el cielo al fondo de la pasión. ¡Que el averno invada lo Ideal, que gima a sus pies, caminante ridículo y afligido, que de la sangre sacaste pócimas mágicas y coronas que rematan la nada! Machacaste los impulsos de tu temblor, a los que nadie respondió, a los que nadie sonrió. Oculta tu calavera a la naturaleza llorosa, sacúdela, sacúdela de la materia de los llantos, mata tu futuro en las noches insomnes del suspiro. Sobre el tiempo calvo se deslizan ausencias del mundo y de la pálida vida sólo subsiste un lamento sin voz que se coló en la madriguera de la mente.

Bajas de ti mismo por la escalera del fatal despertar hasta la Ciudad colmada de brisas sonoras y de alusiones de muerte. Y te preguntas sin ningún recato: “¿Dónde me ahogaré? ¿En el Sena o en la Música?

LA sustancia de la duración es el hastío y la del combate en la duración, la desesperación.

Los hombres creen en algo para olvidar lo que son. Al enterrarse bajo ideales y refugiarse en ídolos, matan el tiempo con toda clase de credos. Nada les haría sufrir más atrozmente que despertarse sobre la pila de sus placenteras falacias, frente a la pura existencia.

¿La desesperación? Vivir de forma interjeccional. Por ello, *el mar*, interjección líquida e infinitamente reversible, es la imagen directa de la vida, y la encarnación inmediata del corazón.

Ni salud ni enfermedad: dos *ausencias* a las que reemplaza el vacío del hastío. El universo no tiene más sentido que mostrarnos que, si desaparece, lo podemos sustituir con la música, con una irrealidad más *verdadera*.

AL deslizarte por la pendiente de los pensamientos, a menudo incriminas a la existencia. Pero ella no ha cometido ningún pecado como no sea tal vez, el de no ser.

Seca en tu espíritu amargo el manantial de las acusaciones. Endulza el veneno inagotable y el cinismo saltarán de la carne. Enamórate con soñadora impudicia del sinsentido del destino. Más vano que un cometa en un mundo sin agujeros y más fútil que el sable de un arcángel en un mundo sin cielo, pasea tu destino inútil saltando sobre el meollo de las ilusiones con la ceguera de un hombre que conoce la ausencia del todo. Con la ceguera de un hombre *desenfrenado*.

Chupa las raíces de la mentira y embriaga tus acechantes vigilias con la ciencia falsa del ser. Y sé, justamente como el ser sería.

LA felicidad me paraliza el espíritu. La realización en la vida me vacía de mí mismo y la desdicha amorosa borra las huellas de la grandeza. La felicidad carece de yo...

Tras haber perdido hasta el agotamiento la conciencia en la voluptuosidad, ¡cuán tempestuosamente anhelas las fiebres de la separación! ¡Poder quedarte solo en tu habitación, sin nadie, sin tu amante, absorbiendo el néctar de la desdicha! ¡Desprovisto de todo ideal, con los ojos exprimidos de existencia, extender la fatiga de tu sueño más allá del cielo!

Te has precipitado en el mundo y como no hallaste alimento en él, te nutres de la sustancia del destierro.

La auténtica vida no reside en la cordura sino en la ruptura. Como el universo no puede sanar la herida del corazón, tengo que emborracharme de delirio bajo las estrellas. Pues ni las espaldas ni el cerebro pueden soportar más la carga de lo incomprensible.

El soplo del destino corre como una brisa a través de las ideas. Y la Lógica, hacia la que tiende el vacío del pensamiento, se tambalea. El alma pulveriza las categorías. Y el cosmos se vuelve un tormento.

LA tierra se extiende bajo nuestros pies para que nos dispersemos. Miré a lo alto, miré abajo y a los cuatro puntos cardinales del gran Dónde, y descubrí por doquier el fracaso de mi vida. Creí matar mi vigilia agotando mis sentidos. Pero tras el abrazo, volví a encontrar la atroz lucidez.

Busqué caricias aumentando mi deseo de grandeza. Y me encontré siendo esclavo del incurable significado del espíritu.

Intenté taparme los oídos acudiendo a la embriaguez. Y la vista se me aguzó sobre los inmensos espacios.

Los senderos cegados de mi mente me produjeron un resplandor aún más implacable.

Ni la gloria ni la mujer ni la bebida me han despejado el camino de prohibiciones ni han librado al espíritu de la opresión. Mi vida se compone de una sucesión desordenada de instantes. Nada liga unos con otros. Su cadena se rompió y en mis oídos zurren los anillos de la desmembración.

¿...En qué manos habré de depositar mi ser? ¿Y a quién habré de pasarle el honor del desaliento?

ME gustaría hacerme una colcha con la idea y taparme con ella y, bajo su abstracta estrechez, cortar las vacilaciones de mi corazón. Estoy harto de él. Y, más aún, de su *rostro*, del alma.

La náusea tiene su origen en los sentimientos. En el fondo del corazón solamente hay pus y hedor caliente. Hacia un espíritu purificado del jugo de la vida y de los fermentos del sentimiento, hacia un pensamiento marmóreo, desencadenado del alma quiero volver mi diferencia.

Que ni un hilo de emoción perturbe más el semblante de la razón. Bastante tiempo has sido un tenor de las apariencias. Busca ahora en ti mismo, sin melodías, la dureza de la separación, como un erizo del espíritu. Observa lo que les sucede a otros e incluso a ti mismo como si no fueseis nadie, míralos precisamente como un demonio asqueado de mal, como un demonio cesante. Y que, asustado por la frialdad objetiva del espíritu, el Devenir postergue eternamente su marcha.

POR regla general, todos creemos que estamos llenos de vida y alardeamos de nuestros esfuerzos y de su fruto. En realidad, llevamos a la espalda un saco vacío que llenamos de vez en cuando con migajas de realidad. El hombre es un mendigo de la existencia. Un ridículo ganapán en la irrealidad, un chapucero de la naturaleza.

Te haces un aposento en el mundo y te crees que has escapado de él. Ya no ves nada a tu alrededor. Y cuando te crees que estás más solo, te das cuenta de que tu albergue carece de techo. ¿Hacia dónde vas a escupir? ¿Hacia el sol o hacia la noche? Abres las manos en el espacio. Y los dedos se te pegan en el vacío. No se adhieren a ningún ser porque el ser quema. Lo real escuece, lo real duele. Respirar es un martirio. Y es que el soplo de la vida se filtra a través del horno del horror.

LA religión y, sobre todo, su servidora, la moral, robaron al yo (y, así pues, a la cultura) el encanto de la distinción, el desprecio. Mirar *por encima del hombro* a la caterva humana que te toma por hombre. No existen *yoes* sino sólo el destino que te hace diferente de tus semejantes. La cultura, según la fórmula suprema de su intimidad, es la disciplina del desprecio. A los otros hay que ayudarles, aconsejarles, pero no molestarlos en su vida que bulle de expectativas. Bajo ningún concepto hay que despertarlos. Ellos no sabrán nunca lo caro que se paga la singularidad de su destino. Dejad dormir al hombre. Como sólo existe el sueño en el paraíso, huir de sí mismo implica dulcificar el destino. El individuo transparente a sí mismo tiene derecho a todo. Puede cortar el hilo cuando quiera. El *destino* es un aplazamiento continuo del suicidio.

Velando tu vida, revelas a tu soberbia el destino que devora las provisiones del yo, el destino del que tú eres su derrotado amo.

CUANDO eras niño, no podías estarte quieto. Desbarrabas. Querías estar *fuera*, lejos de casa, lejos de los tuyos. Retozón, guiñabas el ojo al horizonte y dabas al cielo la redondez de tus nostálgicas ansias.

De la infancia saltaste a la filosofía y los años han acrecentado tu horror por el sedentarismo. Tus pensamientos se han ido al fin del mundo. La necesidad de errar ha entrado en las nociones.

Estar entre cuatro paredes te agobia; sólo respiras, filósofo que eres de caminos y calles, en las encrucijadas. ¡Fuera, eternamente fuera, no hay ningún lecho en el universo!

Al revelarte el tedio abstracto el vacío que representa estar vivo, acechas por las calles, cual asesino de los instantes, el olvido del pensamiento.

Te falta ahínco para torcer un hilo de pensamiento, para ensartar con él las cuentas del collar de la frágil esperanza. Detrás, hiede la carroña de la vida. Y el que lee en tus pasos, descubre en ellos un asesino.

NO ver en las cosas más de lo que tienen. Verlas tal y como son. No ser en ellas. *Objetividad* es el nombre de esta calamidad, que es la calamidad del conocimiento.

El mal del alma es espiritual. Es la lucidez instalada en el corazón. No puedes *elegir* de ninguna de las maneras, pues a tus inclinaciones se opone la visión absoluta del espíritu. Si te inclinas a un lado, te revela el mundo como un espacio de equivalencias. Todo es idéntico, lo nuevo es *lo mismo*. La idea de reversibilidad es una daga teórica.

Y entonces surge la *Pasión*. Esta hace florecer nuestros páramos internos. La furia palpitante del error *elige*. Gracias a ellos respiramos. Pues nos redime del peor de los males: *del mal de la imparcialidad*.

No puedes vivir siendo clarividente, no puedes tomar *partido* por nadie, no puedes tomar parte en nada. Cuando se es parcial, o sea, cuando se crean falsos absolutos, la savia del devenir renace en las venas. Adaptarse a las circunstancias del mundo es un acto de subjetividad, de hostilidad frente al conocimiento. La objetividad es el asesino de la vida y “la vida” del espíritu.

PENSAR, es decir, quitarse uno pesos de encima. Sin el respiradero de los pensamientos, la razón y los sentidos se sofocarían.

La expresión nace de una plenitud enferma. Se está invadido *positivamente* de ausencias. El pensamiento nace de la persistencia de una insuficiencia. No tienes necesidad de nada, y llevas contigo un alma de mendigo. Algo se ha desequilibrado en el espíritu. Como un arco de lucidez sobre las ruinas de un beso, lo que la naturaleza elaboró no encuentra apoyo en el olvido. Otoño de la Creación, ocaso inicial.

La única escapatoria del alma es el *desatino*. De un alma que haya perdido sus dimensiones, que haya apresurado su fin. Y de un pensador de la posibilidad infinita, de un pensador de la imposibilidad.

DURANTE la enfermedad, nos expresamos a través de nuestro cuerpo. Hablamos fisiológicamente. Como las voces interiores no pueden susurrar todo el mal que almacenamos, el cuerpo asume la tarea de comunicarnos directamente las innumerables desgracias a las que hemos sido incapaces de hallarles un nombre. Sufrimos en propia carne de una imposibilidad de expresión. Tenemos demasiado veneno, pero no el suficiente remedio en la palabra. La enfermedad es un mal inexpresado. Así comienzan los tejidos a hablar. Y su palabra, al hurgar el espíritu, se vuelve su *materia*.

DESDE que naciste se cierne sobre ti la dulce maldición de la existencia privada. Incapaz de finitud, estás perpetuamente frente a ti mismo y a lo infinito. Como no comprendes las tribulaciones ajenas, nadie te aparta del ilimitado egoísmo de la respiración que tienes en tu aposento. Siempre soñaste con un hogar donde penetrara el universo. Bajo tus párpados se pudren las mujeres, muertas por el vicio de lo infinito. Ése es el mal de los sentidos. Él asesina al amor y presume de engañarlo. Dos ojos te miran, tú miras más lejos; una sonrisa se insinúa en tu cuerpo, tú languideces hacia los astros.

Nadie es la sombra que lo infinito lanza al corazón. Aquél es la base última de la existencia privada. Y también la fundamentación del juego en el amor, del teatro en las pasiones. Te crees que vas engañando a muchachas y mortales (nada sugiere tanto un absoluto mortal como una jovencita) y te estás engañando a ti mismo. Estar atolondrado a causa de lo infinito...

RECUERDO haber sido una vez un niño. Eso es todo. La memoria no me ayuda a reencarnar la suavidad del sueño de la vida. Antes me veo gimiendo bajo los fragmentos del pensamiento que delante de él. Nada sobrevive al tiempo en el que *esperábamos* el sentido...

Huyendo de la infancia, me encontré con el miedo a la muerte. Así empecé a *saber*. Y ese miedo se alivió con el deseo de morir. Y ese deseo se purificó aniquilando terriblemente la felicidad del pensamiento inútil. Si hubieses permanecido en la ignorancia no habrías puesto la corona al intelecto sobre la carroña vertical y el orgullo negativo no habría roto los hilos que te ligaban a la infancia. El *tiempo* no habría sacudido los pilares de la esperanza ni se habría desarrollado de forma parasitaria en tu savia. Pero él ha sosegado el mosto de tu existencia y el ardor lo ha hecho languidecer en las regiones del tedio. *Un corazón abstracto* es el secreto del hastío. Un corazón por donde ha pasado el tiempo y en el que todavía moran solamente ideas a las que acecha el moho, contaminadas en su frialdad inmaculada.

¿Dónde están los albores de la vida analfabeto del Bien, omnisciente por el Mal?

... Y a veces me pregunto: ¿Cómo me atreví a ser niño?

ESTAR solo hasta el pecado, prolongar la separación hasta la culpa, conocer el estremecimiento sólo en el aislamiento. Estar *categoricamente* solo.

Una pasión homicida, surgida del espíritu, exagera tu *individualidad* al máximo. El propio universo se vuelve individuo. *Te alcanza*. O tú lo alcanzas a él...

El concepto de *personalidad*, que nos fragmenta en tanto que figuras humanas, y que en algunos se desarrolla hasta la exclamación cósmica, engendra la adversidad en el ser. El sujeto se desequilibra por el exceso de sí mismo, es como un árbol cuya copa tocara el cielo y se olvidara de sus raíces... El volumen del yo constriñe lo infinito y la vista diáfana y crítica se ahoga dentro del individuo unánime.

... Al encariñarme con el odio que tengo contra mí, repta la dulzura de mi calamidad bajo los restos del tiempo. ¡Que ninguna brisa de realidad me toque ya la frente! Que el diablo sople su cordura y su sufrimiento en las arrugas de mi frente, que penetre en mi cerebro la respiración del Mal, que los instantes se vuelvan del revés en la esperanza y entronicen en ella el desenfreno enloquecido. ¡Que la locura no siga pagando el fielato al espíritu, sino que invada a sus anchas todo el territorio de la mente!

YO mido la profundidad de una filosofía por las ganas de huir que expresa. El sistema de reflexiones que no esconde las insuficiencias de cada lugar, favorece unas respiraciones mediocres, inquietudes reposadas. Perseguido por *otra cosa*, el edificio del pensamiento aminora la pasión por vagabundear e impone sordina a la obsesión por el espacio. Pensar es en cierto modo *estar*. No en vano se dice: *estoy pensando*.

El miedo a divagar y el punzante embrujo de un desconocido *otra-parte*, revelan instintos vulgares y nos defendemos de lo infinito del corazón mediante teóricos refugios. El orden en el pensamiento es el obstáculo del corazón. Es su muerte. Si lo liberásemos, ¿adónde iríamos? Su ley es *ninguna-parte*; y su sistema, *aquí*.

Si encadenamos los pensamientos, el peligro desaparece. Y también la volatibilidad del yo. Nos solidificamos. Los vapores superficiales del espíritu se cuajan. La inspiración deshilvanada cobra forma y la libertad gime. Y los pensamientos se mecen en un largo suspiro del corazón. Se ajustan al cadáver de lo infinito. ¿Los abandonaremos a su suerte sin concluirlos, para largarnos nosotros al mundo inconcluso? La tentación es tan grande como el miedo.

HE aquí mi sangre, he aquí mis cenizas. Y el fúnebre titubeo de la mente. El universo permanece, lecho para la escoria del espíritu.

El sol ha encallado en su propia luz y en la ciénaga celestial.

A los supervivientes se les han parado los ojos. El asombro ya no les dilata las pupilas. Y es que nada se asombra ya en el espacio.

Ya no hay vientos que levanten la polvareda de mi ser. Las brisas se han helado sobre el cerebro de los mortales. Y los corazones petrificados susurran codiciando el florido miedo de ser. ¿Dónde están los días que inspiren el Error? En el mundo ya no yerra nada, ya nada es. Porque el mundo se ha embalsamado con al Verdad. De tanto *saber*, el universo ha muerto de anemia. No hay ya gota alguna de sangre que nutra una germinación. En la sangre se ha colado el *Conocimiento*.

... Asqueado por el desenlace general, el individuo dice adiós muy buenas, y embarca sus cenizas hacia otro universo.

COMO si llevásemos nuestro Yo a costas, ansiosos de separarnos de nosotros mismos, rehuimos nuestra identidad como si fuera una carga capital.

El aire que hierve en los pulmones es una expiración de Dios y esa bocanada Suya traspasa el espíritu y le envenena el tuétano de un infinito enfermo. Bajo el estímulo de la divina descomposición, las Ideas languidecen en medio de un tufo caliente y desabrido. Y ninguna lírica estupidez envuelve la muerte inmisericorde.

¿Acaso no maldecirá la conciencia al Yo? ¿No estrangulará el espíritu a la razón? ¿No castrará la vigila a la esperanza?

El espíritu vierte odio contra su portador, emponzoña al sujeto que ha querido ser más que individuo, reduce a polvo la materia que lo sostiene. El yo es la gran víctima, el yo está maldito.

SIN el presentimiento del amor y de la muerte, el individuo se aburriría ya en las entrañas de su madre, y se pasaría el tiempo desengañado chupando pezones sin futuro. Pero él aguarda sigilosamente las dos tentaciones, urdiendo desde la cuna ficciones de existencia. El amor se acerca, el amor llena los años. Pero los ojos escapan por las fisuras de su infinito tarado hacia *Otra cosa*. La dolorosa curiosidad condensa el tiempo por el que nos arrastramos hacia el fin. Los instantes se espesan: el tiempo denso de la muerte... Y como a través de los calveros del amor descubrimos la lobreguez final, el enamoramiento oculta un equívoco que transforma la pasión en pútridos temblores. Una eternidad donde se divierten los gusanos es el equívoco de los amores.

El amor no nos puede curar de lo Otro. Y ese Otro es la pasión fatal del hombre. Llevada a su término, descubre en el fondo un algo *que sería...* una parada desastrosa en el camino de la curiosidad. Quizá nos inclinaríamos hacia Ello en los otoños del corazón si no fuera una *inmediatez capital*, si no soportáramos el tedio de lo contingente. Al buscar perennemente el Límite, exasperados por lo arbitrario, la Muerte hace honor a su mayúscula gracias a nuestra ansia de certezas. Pues ella es la ficción a la que se lo otorgamos todo, la banalidad irreparable del tiempo.

Para el espíritu, la muerte existe en tan exigua medida como *cualquier otra cosa*. Pero él la *reconoce*, impulsado por la sangre, por viejas verdades, por las tradiciones del corazón. El espíritu se *pliega*. El yo se lo impone. Y, de esta suerte, tolera a las ficciones más de lo que se merecen. Si todo la reclama, *¿por qué no habría de existir?*, se pregunta el yo con escéptica repulsión. ¿Por qué tendría que robarle al hombre su mentira suprema? Si él la quiere, que la tenga. Incapaz de imaginar un error confortable, ¡que robe mis armas para defenderlo! ¡Que muera para la muerte!

... Así juzga el Espíritu y, separado de sí mismo, se sitúa en silencio.

MI culpa: he depredado lo real. He mordido todas las manzanas de la esperanza humana. Miro de soslayo al sol. Roído por el pecado de la novedad, también al cielo lo habría vuelto del revés. Cuando clavaba los dientes en los entresijos de la carne y hacía girar ideas en danzas abstractas, los misterios morían en la boca y en el cerebro. ¿Dónde está el jugo del devenir que vigorice el pulso del espíritu y de la sangre? Tras de mí sólo hay gotas difuntas que insemnan mi pasado como una vía láctea del sinsentido.

La respiración es un desbarajuste. Y estoy buscando cuerpos inmaculados para gastar los restos de mis ardores y espíritus intactos para derrochar mis inflamadas fatigas.

¡Ojalá pudiera añadir a la nada que embriaga la ausencia del universo el temblor sonoro del alma, destrozarse el silencio con un torbellino de voz, dejar el desastre de mi música por los espacios! ¡Ojalá fuera el alma del vacío y del corazón de la nada!

¿CONSEGUIRÁS sofocar el destino negativo que te tortura? Jamás.

¿Te curarás del mal que devora el ritmo de tu respiración? En absoluto. ¿Seguirás elevando la amargura de los sentidos a la esencia de tus preguntas? Siempre.

¿No quieres exprimir tu sentido de lo irreparable en dulzura de las creencias? De ningún modo.

... en tu sangre se deleitan los posos de un Nunca, en tu sangre se descompone el tiempo y una rogativa al diablo te salva de la redención que supondría tu ahogamiento. Y el Diablo se desliza a hurtadillas por el ojo de Dios y tú sigues su sombra y su rastro...

*París, 1940-1944, Hotel Racine, Rue Racine
E.M. Cioran*